

AURA LUNA

Mirarte ^{Sin}

SIN MIRARTE

AuraLuna

Título: © Sin mirarte

Diseño de portada por: © 2017 Pix3.000 Imagen de portada: AdobeStock

© Corrección del texto: Nuri G. Ru © 2017 AuraLuna

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o prestamos públicos.

ISBN-10: 1548986690

ISBN-13: 978-1548986698

NOTA

Comencé esta historia justo después de observar una fotografía en blanco y negro que me mantuvo en vela durante casi toda la noche. En aquel entonces solo hice un borrador de cuatro capítulos y esa era mi meta. Luego lo compartí en una de mis redes y terminé haciendo algunos cambios gracias al ánimo constante de los lectores. El resultado fue una historia corta algo más extensa de lo que planeaba pero que al final me causo una sensación de alegría y satisfacción. En esta versión he decidido agregar una parte especial que solo se podrá leer aquí. Espero disfrutes el corto viaje entre fotografías y olor a campo fresco.

INTRODUCCIÓN

Trabajo en *Sentidos*, una empresa dirigida al público joven adulto. Aquí nos esforzamos para sacar lo mejor de la fotografía, la danza, pintura y dibujo, música, e incluso el arte culinario. Todo bajo un mismo lugar, bajo un mismo nombre. *Sentidos* fue fundada por Elías Coll, un imponente empresario a quien solo se le ve en eventos, reuniones importantes, o conferencias, a parte de la cantidad de artículos que hacen sobre él en los periódicos. A sus veinticinco años, Coll ya sabía manejar pequeños negocios. A sus treinta, había generado tanta efectividad y empleos, que comenzó a plantearse seriamente la idea de hacer una empresa única, diseñada para ofrecer múltiples recursos a los amantes del arte. Desde promocionarse o participar de ferias, hasta conseguir las herramientas necesarias para seguir las metas deseadas. Y a sus treinta y dos, *Sentidos* cobró vida propia, convirtiendo a Coll en el empresario del año, a las puertas hacia caminos exitosos.

Mi labor está en el área de la fotografía. Soy una empleada más, una de tantas, una que colabora con otros fotógrafos, que tiene un book lleno de fotos increíbles, pero no las muestra por cierto recelo y prefiere poner a los demás primero, manteniéndose en un perfil bajo. Me concentro en supervisar las fotos que nos llegan y publicar las que entendemos mejores para la temporada, una actividad o un suceso importante. Me incomoda grandemente llamar la atención, algo irónico para alguien que siente tanto entusiasmo por la fotografía y atracción por lo que le rodea. Porque de ella vivo y por ella me apasiono. Las pocas fotografías que he logrado incorporar en mi división han sido muy bien recibidas por mis compañeros y cuando han salido ante el público he recibido buenas críticas, en especial de mis padres, que siempre terminan invitándome a su casa para comer pastel de arándanos.

Pero en estas últimas semanas me he esforzado al máximo, estudiando, leyendo, aprendiendo. Nos han pedido que hagamos y recopilemos fotos con el tema del erotismo. Al principio casi todos nos alarmamos, pues nunca antes, en los tres años que llevo aquí, nos habían pedido cosa igual. No alarmarme por el tema en sí, sino porque ha roto con la costumbre de los pasados años en mantener temas abiertos y “amigables” para todo el público joven adulto. Y ninguno de nosotros, los de la sección de Fotografía, habíamos incursionado en ese tema. Tal vez, como fotógrafos, muchos de mis compañeros habrán tenido la oportunidad de tomar fotos eróticas en sus vidas personales. Pero yo... yo ni siquiera he cruzado esos mares.

Hace varios días revelé una sesión de fotos que le hice a una pareja. Fue un poco complicado para mí explicarles lo que necesitaba, pero por sorpresa ellos aceptaron muy felices. Tan solo me tomó un instante, un respiro, y ya sabía lo que quería proyectar. En ese momento éramos la cámara, mis ojos y yo. Nada más. Catalogué la foto como mi portada para el tema del erotismo. Y de pronto, en un abrir y cerrar de ojos, estaba siendo aclamada, felicitada por montones, premiada por mis compañeros y entrevistada.

Todo tan de prisa y sin poder creerlo... hasta recibir una carta del mismísimo Elías Coll, en mis manos.

PARTE I

Estaba sentada en mi silla de escritorio, con la frente sobre el teclado. Cansada y casi babeando, con mis neuronas por el suelo. El trabajo exigido por mis superiores había sido muy claro: hacer un mínimo de 15 fotografías con bases eróticas. Nunca antes lo había hecho, fue todo un reto para mí. Mi primera reacción fue un silencio total; al igual que la mayoría de mis compañeros, luego mis ojos abiertos y mi boca seca. Una parte de mí estaba emocionada, por el simple hecho de incursionar en algo nuevo, pero a la vez estaban esos nervios presentes todo el tiempo.

Como no contaba con personas fijas para posar ante mi cámara de manera “profesional” (pues siempre eran personas al azar) tuve, en aquel entonces, la idea de acercarme a una linda pareja de vecinos, justo al lado de mi apartamento en el condominio de la calle 16, mayormente lleno de residentes jóvenes. Los conocía desde que llegaron hacía unos dos años. En varias ocasiones cruzábamos palabras, y sólo una vez, luego de agarrar un poquito de confianza, los invité a tomar unas cervezas, comer pizza, y ver una película de estreno.

Nunca me ha gustado llamar la atención, pero tampoco me catalogaba como una antisocial...

Aquel jueves en la tarde, al salir de las oficinas centrales de *Sentidos*, había llegado directo al apartamento de mis vecinos Lucas y Jazmín. Toqué sólo dos veces la puerta, con cierto deseo para que no abrieran. Vamos, con esa mezcla de sí pero no. Entonces tuve que fingir una enorme sonrisa cuando ella me recibió y me invitó a pasar. Estaba muerta de nervios. Le dije que tenía que pedirles un gran favor a ella y su prometido, y ambos se sentaron a escuchar mi petición. Les expliqué pausada y detalladamente lo que mis superiores me habían pedido hacer para la nueva oleada de temporada, ellos ya conocían mi trabajo como fotógrafa. Fui cuidadosa con las palabras.

—Nunca hemos hecho esto, y si me lo preguntan, yo no he tomado fotos eróticas. *Jamás* —rectifiqué mordiendo mis labios—. He leído bastante sobre sus bases, posturas, roces, sombras y luces. Todo sería, por supuesto, a un nivel profesional, seguro y discreto, donde sus rostros no tienen por qué aparecer, pero entendería perfectamente si no desean hacerlo.

Hubo un corto silencio, donde ambos se miraron. Vi la complicidad y el brillo único de dos seres que se aman y se entienden. Entonces él sonrió y me dijo:

—Lo haremos.

—Cuenta con nosotros —me dijo ella, cerrando su mano sobre la de su prometido—. Sería también nuestra primera vez.

Ellos me miraban sonrientes, y por dentro yo estaba que brincaba de felicidad, emocionada por hacer algo diferente, pero no lo quise demostrar.

—Muy bien, entonces, ¿les parece bien si comenzamos el sábado en la tarde?

Ambos aceptaron.

Aquel sábado me esmeré por tener mi apartamento en las mejores condiciones posibles. Haríamos la sesión allí mismo. Había acomodado mi sala, mejor dicho, la vacié por completo para dejar tan sólo un enorme telón seminegro con tonalidades grises en la pared de fondo y los laterales, también en el suelo. En una esquina dejé lista una silla de madera oscura, para cuando les pidiera que uno de ellos se sentara.

Al principio, como todo lo que se hace por primera vez, los nervios estaban allí bien presentes.

Pero siempre que me ponía en plan de fotógrafa, mi actitud cambiaba, las cosas se volvían más fluidas, como si las voces, los sonidos, las sombras y luces me dijeran a donde ir.

Jazmín estaba vestida con un sencillo pero hermoso vestido color crema, sin tirantes, con un cinturón negro que moldeaba su cintura y de un largo hasta poco más arriba de sus rodillas, en forma de campana al estilo Monroe. Lucas llevaba un traje de noche, negro, con camisa blanca, a lo clásico. Justo como les pedí.

Tomé varias fotos: ellos de pie, de perfil, de lado. Fotografíé sus torsos, la mano de él sobre el cuello de ella, luego de frente, donde Lucas le metía la mano sinuosamente, entremedio de sus pechos. Unas 20 fotografías a escoger, con una variedad exquisita. Justo cuando estaba por acabar, tuve una idea algo inquietante pero que no dejaba de martillarme la cabeza. Era algo que, en secreto, en mi interior, siempre quise experimentar. Y si nunca alguien lo había hecho conmigo, quería ver la carga erótica que podía producir aquel acto frente a mis ojos y comprobarlo. Podría sonar perverso, pero es mejor mirar y saber a qué atenerse.

Les pedí que me dieran un instante. Al regresar de nuevo con ellos, llevaba en la mano un pedazo de tela fina color crema perla. Hacía una combinación perfecta con el vestido de Jazmín. Les expliqué lo que quería, y de nuevo vi ese peculiar brillo en sus ojos, sólo que esta vez, la mirada de Lucas era más penetrante.

Él tomó la tela, y fue acercándola a los ojos de ella, justo tras su espalda. Jazmín estaba sentada en la silla que le ofrecí, mientras que él quedó de pie. En un instante, éramos mis ojos, la cámara y yo. El sonido de los clics no perturbaba a mis musas, ellos estaban en una especie de burbuja en trance. Cuando Lucas ya le hubo vendado los ojos, casi juré escuchar un leve jadeo de Jazmín. Entreabrió sus labios, él hizo un poco de presión en el nudo que le hacía en la parte posterior de la cabeza, y ahí, en ese exacto momento, los capturé para siempre.

Volví a levantar mi frente. Me pasé las manos por ella y tenía las marcas de las teclas. Sonreí. Al menos había sido toda una experiencia gratificante para mis vecinos y para mí. Sonreí aún más al recordar cómo salieron de mi apartamento, mirándose, tomados de la mano. De seguro que esa noche la pasaron muy bien.

—Amelia, imagino que estas muy cansada, pero... —alarmada, giré mi vista hacia Miguel, un chico muy activo y con obsesiones compulsivas a la colección de figuras de anime—, ¿será posible que me acompañes mañana en la noche al cine con unos amigos?

Me lo quedé mirando, con un gran interrogante en toda mi cara. Nunca antes me había pedido salir, nuestra relación siempre ha sido estrictamente laboral.

—Es que... verás, nunca he salido con chicas antes. Mis amigos y mis padres piensan que, bueno, ya sabes. —Hizo un gesto con las manos muy delicado. Entonces lo miré con sarcasmo.

—Ya, y quieres mostrarles que no eres gay. —Oh, no. No me malinterpretes. Más bien quiero ver la reacción de... Tito —mencionó en tono muy bajo—, porque creo que yo le gusto, pero no hace nada para cortar el frío.

Suavicé mi mirada.

Cuando estuve por responder dos chicas pasaron por nuestro lado. Se detuvieron justo en frente de los dos.

—Hola, Amelia. Mañana en la noche nos vamos de fiesta. Ven con nosotras, iremos un pequeño grupo a tomar cervezas y celebrar el éxito de esta temporada. Tú también, Miguel —la voz de Gloria era pausada, una linda chica de ojos verdes y cabello rubio. Su amiga, de tez oscura y ojos negros, hermosa como una india, se quedó en silencio.

Otros tres chicos pasaron y se unieron a nosotros. Uno era alto y robusto, sin un sólo pelo en la cabeza y con una perilla en la ceja. El segundo era todo lo opuesto, bajito, delgado, moreno y con

su mata de cabello. Y el último era un punto medio entre los dos.

—Eh, Amelia, ya que mañana es viernes, ¿por qué no hacemos un grupo y vamos a ver la banda de Erik? Va a estar tocando en público.

Mientras todos comenzaban a charlar sobre lo que se podía hacer, llevé mis dedos a la frente, tratando de calmar mis pensamientos inquietos e incómodos.

Hacia unas cuatro horas que salimos de la sala de reunión, luego de haber mostrado nuestro trabajo en una gran pantalla. Luego de toda la mañana viendo las fotografías, haciendo críticas y aplaudiendo las mejores. Sorpresivamente mi sesión de fotos fue escogida por nuestro supervisor y la inmensa mayoría de mis compañeros. Honestamente jamás pensé que sería la elegida para representar y ser la cara de la campaña de Temporada Erótica. Las fotografías de otras cuatro chicas también fueron escogidas para darle diversidad al book.

Estuve siendo aplaudida por lo que me pareció una eternidad. Fui abrazada por más de treinta personas y felicitada por todos, excepto por alguno que otro ser con una incomprensible envidia. Me hicieron posar con muchos para guardar ese momento.

“*Mi foto con la única e inigualable Amelia, la nueva maestra en la fotografía erótica*”, me había bautizado uno de mis compañeros tras hacer que nos fotografieran.

Aquello me había extenuado demasiado. Las muestras excesivas de afecto... no iban conmigo. ¡Y luego de tantas horas me seguía preguntando por qué ellos no paraban de felicitarme!

Cuando levanté de nuevo la vista, vi que de pronto todos comenzaban a cuchichear, incluso los que permanecían en otros cubículos, viendo sus copos de cabello sobre los bordes.

—¡Con el permiso de todos! —Nuestro supervisor había hecho presencia. Los que permanecíamos sentados nos pusimos en pie para escucharlo—. Gracias a su entusiasmo y el gran esfuerzo y rapidez con que han cumplido, Elías Coll ha llegado aquí para felicitarlos en persona.

Todos nos pusimos alerta, ansiosos y expectantes. Salimos de los cubículos e hicimos un círculo para estar todos juntos y escuchar, cercanos a los ascensores. El presidente de la empresa había llegado, sonriendo ante nuestros ojos. Él era tan... tan... ni siquiera lograba conseguir un adjetivo que lo describiera mejor que *sensual e impresionante*. De las pocas veces que lo veía en reportajes de periódico o algún anuncio televisivo, me veía perdida en esos ojos color miel, en sus labios un tanto gruesos y de algún sabor misterioso, en su mandíbula cuadrada e imponente. Secretamente me imaginé estando bajo aquellas manos grandes y su cuerpo fornido, porque eso es lo que le pasa a la mayoría de las mujeres solteras como yo, solo pueden quedarse en algún rincón imaginando, imaginando cómo sería su voz susurrándome alguna perversión al oído y...

—... por su valioso tiempo y esfuerzo, por darle a esta empresa grandes recuerdos guardados para siempre y por ser valientes y abrir un camino hacia una nueva temporada que se ve prometedora, he decidido darles a todos y cada uno de ustedes una bonificación especial de mil dólares.

La felicidad y emoción no se hizo esperar. Todos estábamos insólitos.

Y yo... perdida en su voz profunda y sensual. Atontada, sin siquiera pestañear. Si en aquel lugar el frío era notorio, sus palabras cayeron como fogata ardiente.

—Sé muy bien lo que es hacer algo por primera vez. Y para entrar más en confianza, el tema del erotismo no es algo que se digiere tan fácil —ladeó su cabeza y cerró un poco los ojos—, ustedes saben a lo que me refiero.

Todos se echaron a reír, excepto yo. Todos hicieron bromas secretas, excepto yo.

Entonces vi que sus ojos, de una forma inexplicable, se encontraron con los míos. Creí estar alucinando, en especial cuando la comisura de su boca se elevó mientras me miraba.

¿Acaso me estaba viendo a mí realmente? No era posible, yo era nadie para él, y él era el

puesto inalcanzable.

—Otra cosa más. Algunos de ustedes me han dejado... realmente impresionado —sostuvo mi mirada unos segundos y luego observó a los demás. «*Dios mío, ¿qué está pasando?*»—. A tal punto, que no he pensado en algo mejor que invitarlos a una cena en mi propia casa. Estas personas a las que le daré una tarjeta de invitación son escogidas no por ser mejores que los demás, sino por la peculiaridad en la que han querido transmitir el erotismo en la fotografía.

Un aire de tensión se respiró inmediatamente. Si bien todos estábamos emocionados por la bonificación monetaria, una cena con el gran Elías Coll era como para infartar. Estar cerca de él era una de las muchas pláticas entre las chicas. Y era que, para rematar, Coll no tenía pinta de jefe malo, como la mayoría, su humildad y sencillez se le salía por los poros. Yo siempre me mantenía al margen de esas conversaciones, porque cada vez que escuchaba su nombre, me provocaba pensamientos no propios de mi personalidad serena y tranquila. Y él era un hombre inalcanzable, ese era mi lema. Tal vez por eso nunca lo miraba a los ojos cuando estaba presente en una reunión, o trataba de estar lo más lejos posible de su presencia cuando éramos evaluados en entrenamiento exterior, un ejercicio grupal donde hacíamos fotos al azar en un lugar público y aprendíamos técnicas y a la vez se nos premiaba por cumplir ciertos retos.

Elías comenzó a caminar entre mis compañeros, se detuvo frente a la chica de tez oscura, la que me gustaba llamarle india, y le hizo entrega de la primera invitación. Todos comenzaron a aplaudir, mientras que ella solo se limitó a inclinar la cabeza para agradecer. Siempre me llamó la atención su temple. Luego siguió caminando y le entregó otra a una chica llamada Beatriz, alta y delgada como una modelo. Esta soltó una sonrisa de oreja a oreja. Coll le hizo entrega de otra invitación a Wanda, la señora de los cielos (como le decíamos), de un carácter altivo, seguro y un tanto mandón, tanto así que su agradecimiento fue estrechado en una mano. Y luego una cuarta invitación para Gloria que, tras sostener la invitación más tiempo de lo normal en su mano, miró disimuladamente a las demás chicas por encima del hombro. No me sorprendió para nada.

Cuando pensábamos que el presidente daría la espalda, nos sorprendió con unas últimas palabras.

—Algunos dicen que lo mejor se deja para lo último —se escucharon risas discretas—, y para seguir con esa tradición...

Vi que comenzaba a caminar lentamente, abriendo paso hacia mí.

«*Oh, Dios, ¿esto es real? ¿estoy viendo bien?*»

—Voy a hacer entrega de una invitación muy especial.

El piso se llenó de silencio, mientras todos observan a Elías acercarse a mí. Yo estaba petrificada, con los ojos bien abiertos y un intenso color rosado en mis mejillas y orejas. Aquello iba en serio, muy en serio. Y cuando él se detuvo frente a mí, mi respiración fue secuestrada.

Sacó de su chaqueta un pequeño sobre blanco y me lo entregó, observándome intensamente a los ojos. Me hacía sentir... expuesta y vulnerable.

—Sería un placer tenerte en mi casa y conversar. Me siento muy intrigado por conocer a fondo cómo te inspiraste para esas fotografías.

Y yo totalmente muda y anonadada.

—He dejado algo para ti dentro del sobre —me dijo al oído tras inclinarse y hablarme en susurros. Su aliento era tan cálido que me puso la piel de gallina.

Podía sentir una multitud de ojos sobre mí. En especial cuando Elías retrocedió, regalándome una sonrisa de lado, una que mostraba algo más.

Mi boca seca. El pulso acelerado. La mente en blanco.

—Bien, ¡pues tengan un buen fin de semana! —Les sonrió a todos y se marchó sin decir más,

perdiéndose en el ascensor.

Antes de que a alguien más se le ocurriera ir a por mí y triturarme con preguntas o comentarios, salí disparada hacia mi escritorio como si hubiese visto al diablo vestido de pastel. Tomé mi bolso, mi book y con llave en mano caminé por el pasillo abierto, alejada de mis compañeros hacia el segundo ascensor. Sabía que algunas chicas me miraban más de la cuenta, otras con lo que adiviné sería envidia y celos, pero no podía prestarle atención a eso por ahora.

La campanilla del ascensor me produjo alivio, y tras entrar y ver las puertas cerradas, me di la libertad de coger el sobre en mis manos. Lo acaricié, lo miré, preguntándome qué habría allí dentro. Ya lo averiguaría al llegar a mi apartamento.

PARTE II

Me lancé a por el móvil, fastidiada por el incesante timbre. Quien quisiera que fuese se iba a llevar un buen balde de agua fría.

Lo único en lo que podía pensar era en la invitación, y el móvil no paraba de interrumpir. Sentada sobre la cama, miré con los ojos llenos de veneno al fastidioso aparato. Me sorprendí al ver que mi tía me llamaba. Descolgué de inmediato.

—Hola, tía —mi tono de voz pareció muy meloso.

—¿Interrumpo algo?

«*Oh, sí. Un momento de suspenso.*»

—No, estaba recostada en la cama. —Sonreí como si pudiera verme—. ¿Cómo estás?

—Muy bien. Sólo llamo para saber cómo has estado. Tu madre no ha parado de hablarme de tu gran éxito.

Tras media hora de hablarle con lujos de detalles, y prometerle que la llamaría más seguido, pude al fin terminar la llamada y lanzar el móvil lo más lejos que pude. El aroma a manzanas en mi habitación me relajaba, fue buena idea comprar una vela grande y dejarla en la mesita de noche. Pero de nuevo, el tic nervioso y la ansiedad estaban allí presentes, recordándome la situación. Abrí el sobre, titubeando, y saqué dos cosas: la elegante tarjeta de invitación y una carta escrita a mano. Vi la tarjeta con atención, era simple pero recatada, con letras curvas y bordada a relieve con un color plateado:

Usted ha sido invitada a una cena especial con Elías Coll en su residencia, este próximo jueves a las 7 de la noche. Un chofer la esperará frente a su residencia a las 6:30pm. Sea bienvenida.

Bien, el hecho de ser recogida por un chofer tenía su lógica, después de todo, el no revelar la dirección de su casa era por la protección de uno de los más influyentes empresarios del país. Entonces me saltó la duda, ¿cómo debía ir vestida? No quería parecer muy casual, usando un jean y camiseta con mis zapatillas deportivas. Pero tampoco extremadamente elegante, usando uno de esos vestidos que tuve que comprar para celebrar el aniversario de mis padres en familia. Debía ser un punto medio, pero, ¿qué?

Desdoblé nuevamente la carta y con euforia comencé a leer, sin creer del todo lo que allí decía:

Hermosa Amelia:

He quedado impresionado con tus fotografías.

Tanto así, que le he pedido a uno de mis asistentes que enmarquen una de ellas a mayor escala para colgarla en el recibidor de mi casa. Tu talento es increíble. Llevo tiempo observándote y sería un placer inmenso tenerte en mi casa para conversar algunas cosas.

Ansioso por verte,

Elías.

¡Con un demonio! Elías estaba... ¿ansioso por verme? No, algo debía estar mal, seguro se equivocó de persona. ¡Pero escribió mi nombre! Estaba tan sorprendida, incrédula, que no me fijé en la fuerza con la que arrugaba la carta entre mis dedos. Pasé una mano por mi cabello y me dio por levantarme e ir hasta el tocador. Miré al espejo y vi con detenimiento lo que me mostraba. Nada extraordinario, una simple chica joven. ¿Que si me sentía hermosa? Bueno, sí, tampoco tenía

una baja autoestima. Pero vamos, era mi propia percepción. Y de nuevo saltaron más dudas, pero me eché a reír, tenía casi una semana para pensar en esa cena...

El tiempo pareció confabular contra mí, sí, quería verme sufrir de los nervios y comer papitas saladas en mi cubículo con tal de no morder mis uñas, esa era la única solución. Desde aquel día no volví a leer la carta ni la invitación, las dejé en una esquina de la mesita de noche. Hice una especie de pacto para no torturarme más de lo que ya estaba, porque el simple hecho de recordar la dichosa carta ya tenía mis neuronas revueltas. También procuré no levantar sospechas, de ninguna clase, me abstuve de comentar cualquier mínima insinuación sobre la cena con todos mis compañeros. Todos los días llegaba a tiempo, enterraba mi cabeza entre solicitudes, fotos y proyectos y me encargaba de poner música en mis oídos desde el iPod, así casi nadie me interrumpía. Disfruté como nunca de haber metido 2,000 canciones ahí.

Pero no fui del todo indiferente al entorno, era consciente de las conversaciones “bajo la mesa” que tenían las chicas, de los celos de los hombres y las listas de compras que harían todos con el bono monetario. Me di cuenta que yo no pensé en eso sino hasta el miércoles. No me quejaba del mobiliario de mi apartamento, tenía el ropero decente y varias pertenencias materiales. Me sentía bien como estaba, ¿en qué iba a invertir?

—Ahorro, querida —me había dicho mi madre al otro lado del teléfono—. Mételo en la cuenta de ahorro y ya pensarás en algo bueno que te haga falta.

—Todos están haciendo listas, ma. Me siento...

—Especial —interrumpió—. Tú sí sabes hacer buen uso del dinero.

—Te adoro. Mándale besos a papá, ya debo irme.

—¿Segura que está todo bien? Has dicho antes que no saliste el fin de semana, y todos estos días te la has pasado entre fotografías de la oficina. ¿Alguien te molesta?

—No pasa nada, mamá. Te llamaré luego.

—Vale, tesoro.

Ella no sabía nada, ¿cómo decirle que el presidente en persona me invitó a su casa y que estaba *ansioso por verme*? Conociéndola, no se lo tomaría tan alegre, principalmente por los dos novios que tuve y a quienes dejé por patanes.

—Eh, ¿ya estás lista para mañana? —Mi compañera, Gloria, apareció en mi cubículo, descansando los brazos encima de la media pared.

—Pues... —no sabía qué decirle—, creo que sí.

—Tienes suerte, Ami. Las demás chicas están ardidas.

Tenía que zafarme de los chismes. Por nada del mundo daría una reacción y mucho menos le dejaría saber sobre la carta de Elías.

—Bueno, tengo mucho trabajo —hice el aguaje de buscar entre las fotos esparcidas sobre el escritorio.

—Venga, si faltan 5 para salir. ¿Te gustaría venir conmigo y las otras? Iremos a conversar sobre la ropa que usaremos y todo eso.

—Eh... gracias, de veras. Pero tengo que terminar unas cosas.

Terminé de acomodar las fotografías en una carpeta, tomé mi bolso y me levanté para salir corriendo de allí. Ni siquiera miré atrás, no deseaba ver la reacción de Gloria. Fuese con buenas intenciones o no, definitivamente no me sentaría con ellas a conversar nada. Todas ellas notaron la proximidad del empresario Coll al entregarme la invitación y podía imaginar las malas vibras.

Para cuando llegué al apartamento tenía mi nuevo vestido, sacado directamente de una tienda promedio. Era sencillo pero cómodo, además iba a juego con los zapatos negros que ya tenía de antes.

Esa noche no pude dormir, la imagen de Elías en mi cabeza no dejaba de aparecer, junto con todas las posibles conversaciones de entrada. Sí, estaba muerta de nervios y ni siquiera era jueves en la noche. ¿Cómo estaría yo ese día?

PARTE III

No supe en qué momento pasó, pero el día de la cena llegó más rápido de lo que canta un gallo. Me costó un esfuerzo monumental el mantenerme alejada de los chismes durante todos los pasados días y hacerme de la vista larga cuando intentaban acercarse a mí. Parecía una paranoica, incluso tuve pesadillas donde un conglomerado de mujeres me perseguía con machete en mano para cortarme la cabeza. Nunca, en mis 26 años, me sentí tan acorralada. Varias veces sopesé la idea de rechazar la invitación, pero recordaba las palabras de Tito: “dile que sí a todo aquello que no te haga daño y lo puedas disfrutar”. Y la oportunidad de estar cerca de Elías Coll era una grande, de ahí podría sacar cierto provecho, como mostrarle al presidente más fotografías, hablarle de algunas ideas, y por qué no, conocerlo un poco, sin cámaras de por medio. No perdía nada con intentarlo, una parte de mí lo deseaba, aun con la extraña sensación de inseguridad y atracción de por medio.

Miré a mi lado izquierdo: allí estaba Gloria, luciendo un vestido azul de gala tan impresionante que por un momento juré que estaba nominada a los *Grammys*, tan largo que solo se veían las puntas de las uñas y su cabello atado en un moño alto, con flequillos en su frente; Beatriz lucía un vestido negro de tirantes sencillos, en forma de campana, y sus famosos zapatos *stilettos*. Luego miré mi derecha: Wanda iba vestida como una abogada, con su gabardina larga y todo el asunto, y su cabello planchado, a un lado de su rostro; Ruth se atrevió a usar un vestido color púrpura oscuro, increíblemente ceñido y corto hasta la mitad del muslo y de un tirante en su hombro derecho, su cabello estaba atado en una trenza que caía en su espalda con imponencia. Todas ellas llevaban un pequeño bolso de mano. Entonces me di cuenta que yo no traía nada, y que estaba demasiado sencilla en comparación. Eso hacen las mujeres, ¿no?, no podemos evitar compararnos con las demás, aunque sea una vez en la vida. Yo lo hacía, a veces, pero esta era una ocasión distinta y solo estaba usando unos jeans negros ajustado a mis delgadas piernas, una camisa gris de cuello alto y mangas largas y mis gastadas zapatillas de tiras en el tobillo, sin mencionar mi alborotado cabello rizo, sin una sola florecita que lo decorara. ¡Ni siquiera tenía las uñas pintadas! Debí haberme quedado con el vestido, pero no, a última hora se me ocurrió la grandiosa y tonta idea de vestir más casual. No me sentía fea, pero sí como una niña rodeada de mujeres *dominas*.

—Ami, hey, ¿qué onda? —Giré la vista hacia Gloria, que no paraba de alternar sus ojos entre sus uñas y yo— Estas pálida. Si quieres te puedo prestar mi blush para que enrojezcas un poco esas mejillas.

—No, gracias. Estoy bien.

—Pues yo estoy muerta de los nervios —alegó—. Aun no puedo creer que iré a cenar con Elías.

—Iremos, querrás decir —adelantó Wanda con su tono de voz severo y las cejas caídas—. Eres muy joven para tener memoria corta.

—Bah, es casi lo mismo. Ninguna de ustedes está interesada en él tanto como yo. Llevo casi un año tratando de acercarme a su círculo, pero no había podido.

Estuve a punto de decir algo, pero por suerte Beatriz habló primero:

—Gloria, Elías es un puesto prohibido. No saldría con ninguna de nosotras.

—Eso es porque tienes bajas expectativas, querida. Hay que soñar alto.

—Las aves que sueñan alto terminan estrellándose contra un árbol, con suerte y consiguen un ala rota —Ruth miraba por la ventana, con la vista perdida, pero al parecer estaba muy al pendiente de toda la conversación.

—Siempre tan oscura, mujer —Gloria chasqueó la lengua y continuó mirando sus manos sin prestar más importancia.

El alto chofer de rostro firme nos abrió la puerta de la limusina. Fui la tercera en pisar el suelo pedregoso de la entrada a la casa de Elías, y no pude evitar ahogar con fuerza un alarido al ver semejante lugar. No, no era una mansión de veinte habitaciones y tres recibidores, aquella guarida era cálida, grande, pero con cierto aire de intimidad. Quizá se debía al hecho de estar poblada de arbustos aquí y allá y un hermoso jardín lleno de flores y la fuente en medio, o la vercosa enredadera que cubría casi toda pared de piedra, o los pequeños ventanales redondos en lo que supuse era el segundo piso, o el cobertizo de media luna a todo lo largo de la casa y dos sillones colgantes en la esquina izquierda, también con pequeñas macetas y flores. Todo estaba iluminado con cuidado y detenimiento, con focos terrestres en ciertos puntos del jardín y sobre el barandal del cobertizo.

—El señor Coll las recibirá enseguida.

—Muchas gracias —alcancé a decir, antes de que se volviera a perder dentro del auto.

Las otras chicas estaban igual de asombradas, a tal punto que ni Gloria pudo articular palabra, algo muy raro en ella. Miré mis manos nuevamente, las froté con nerviosismo y comencé a contar números en mi cabeza. «1, 2, 3, 4...»

—Creo que deberíamos esperar en el cobertizo, ¿no creen?

Casi di un salto cuando escuché la voz decidida de Wanda. Todas seguimos la sugerencia y nos encaminamos a pocos pasos de la puerta principal, alumbrada por pequeños focos escondidos en las puntas superiores. Estábamos tan cerca, cuando la puerta se abrió de repente y una hermosa chica de ojos azules y cabello ondulado apareció con una enorme sonrisa.

—Buenas noches —iba vestida con jeans cortos y camiseta negra, con un enorme estampado en el pecho que decía “No me toques o te mato”—. Apuesto a que ustedes son las cinco mosqueteras y la del medio es la más pend...

—¡Buenas noches! —Elías apareció tras aquella chica— Discúlpenla, mi hermana suele ponerse arisca por las noches porque ningún chico la quiere. Qué gusto que hayan llegado, pasen por favor.

—No seas idiota —le sacó la lengua—, no me gustan los chicos. Punto.

—No seas maleducada, Jenny.

—Solo quería hacer una broma, por Dios —hizo un movimiento de manos y se alejó meneando las caderas.

Todas estábamos sorprendidas al saber, por primera vez, que Elías tenía una hermana. Pero la mayor sorpresa fue para mí al ver aquel hombre completamente distinto a como se veía en la empresa y la televisión. Este Elías tenía el cabello un tanto alborotado, traía pantalón negro de vestir y camisa verde limón de botones, arremangada hasta poco más arriba de los codos, sin corbata, con el cuello expuesto. Sí, la curva de su cuello estaba marcada, y si miraba un poco más abajo juraría ver algo de vello fino. Probablemente estuvo haciendo alguna actividad física, mi mente lo imaginaba sudado, expuesto, doblando sus rodillas, secando su espalda con...

—Deja de pensar —murmuré con histeria.

—¿Qué dijiste? —me preguntó Wanda, a lo que negué con la cabeza sin saber a dónde mirar. Estaba avergonzada.

En una cosa acerté mientras observaba el interior de la casa: estaba salpicada de pinturas y fotografías de todo tipo. Claro, descubrí otro detalle: sin duda, Elías disfrutaba de las plantas y flores. Era gracioso, un hombre que ante el ojo público se mostraba tan profundo y serio, sentía fascinación por las flores, algo tan delicado y bello. En cada rincón de aquella casa de suelo abierto se apreciaba alguna margarita, rosa, amapola, lirio, gardenia y jazmín, y el olor era embriagante.

—Sé que, tal vez, no es como lo imaginaban de un hombre —decía Elías entre risas, mientras nos dirigía hacia el comedor, ubicado en la zona interior derecha—. Las flores son... tan delicadas y hermosas, dan vida a cualquier lugar sobrio, ¿no creen?

Noté cómo aquella última palabra salió con oscuridad de sus labios. Me hizo pensar que algo debió haberle ocurrido en su vida como para marcarlo, o tal vez a su casa, ¿quién sabía? En ese momento no tenía mis pensamientos organizados y dos preguntas no paraban de martillarme la cabeza: ¿Cómo debía tratarlo? ¿Era mi jefe, el anfitrión, un hombre normal, qué era? Y más aún, ¿cómo le haría para controlar el torrente de pensamientos?

Dejamos atrás el amplio recibidor adornado con fotografías coloridas, la sala con los sillones mullidos color chocolate en forma de *L*, una pequeña biblioteca que sin duda quería observar mejor, pasamos cerca de la amplia cocina (me di cuenta de lo limpia y organizada que estaba, toda en granito y enseres nuevos último modelo) hasta llegar al comedor, donde una gran mesa rectangular de roble nos esperaba, de seis sillas, con varios manjares sobre ella. Un delicado candelabro colgaba del techo, justo en medio, las paredes estaban iluminadas por pequeños focos de media luna, lo que daba una sensación de estar en un fino restaurante.

—Tomen asiento donde gusten.

Maldije por lo bajo, me sentía tan pequeña y distinta a todo. Yo no encajaba allí, donde los libros sobaban y las fotografías estaban enmarcadas en plata y madera pulida.

—Elías, tu casa es impresionante. —Gloria le sonreía mientras se acomodaba en la silla cercana a la ventana circular que daba al patio trasero, aunque poco se podía observar—. Tiene toques tan sencillos pero imponentes. Además, tienes un gusto exquisito por la decoración. A mí también me gusta la simetría.

Las otras tres mujeres se acomodaron, Beatriz y Wanda quedaron a la izquierda, Ruth y yo a la derecha, quedando justo al lado de Elías, quien ocupó lugar frente a la silla de Gloria. En ningún momento me atreví a cruzar mirada con él, desde que entré por aquella puerta me limité a observar el lugar con detenimiento, como tanto me gustaba hacer al llegar a un nuevo lugar, porque de esa forma podía tener cierta idea de la persona, pero, por otro lado, estaba completamente consciente de que él me observaba, no sabía cómo, pero lo estaba, tal vez por la reacción en mi nuca o la piel erizada de mis brazos.

—En realidad, mi hermana fue quien quiso decorar así la sala, ella es la fanática de la simetría. Pero vamos, no sean tímidas, escojan toda la comida que quieran.

Contuve la risa al ver la reacción desairada en Gloria. Miré mi plato vacío y con sumo cuidado comencé a tomar pequeñas porciones de ensalada, pescado y frutas. Fue Ruth quien tomó la palabra rápidamente.

—Cuando mis padres murieron me dejaron pocas cosas en herencia. Entre ellas tengo una copia de esa pintura que tienes ahí —señaló con el dedo al cuadro *La noche estrellada* de Vincent van Gogh—. Es de mis preferidas.

—Sin duda —Elías comenzó a llenar su plato también, eligiendo, curiosamente, lo mismo que

yo—. Es una obra que inspira mucho. La suelo observar cuando debo tomar decisiones importantes.

—Yo no tengo pinturas clásicas, solo fotografías, en especial las que hice en Nueva Zelanda — Wanda se incorporó a la conversación, pinchando con fuerza un trozo de salmón encebollado.

—Pues yo solo tengo fotos de mi familia —dijo Beatriz, soltando risas infantiles—, el resto las dejo guardadas en el book.

—Amelia es la especial —Gloria, por alguna razón, se mostraba mucho más altiva y desafiante que nunca—, a ella no se le conoce lo que guarda en su apartamento. La pobre es muy reservada, ¡imagínate que ni siquiera quiso salir con nosotras para celebrar la nueva temporada!

—Seguro que Amelia tuvo cosas más importantes que hacer, ¿no es así? A veces los buenos momentos se disfrutan entre dos, o a solas.

Por primera vez levanté la vista hacia Elías, quien me observaba con profunda tranquilidad y una sonrisa discreta. Sentí el calor abrazar mi rostro, ¿por qué sus ojos me miraban fijamente?, ¿por qué no podía hablar en confianza? Los nervios me estaban matando, estaba intimidada y el maldito cosquilleo en mis piernas no paraba. ¿Qué debía responderle?

PARTE IV

Miré de soslayo la comida sobre mi plato y maldije mentalmente por no tener la boca llena, de lo contrario hubiese pensado mejor la respuesta que salió de mis labios:

—No me gusta ir por ahí revelando mis cosas personales. Considero que la intimidad de un hogar, no importa el tamaño, es propio. Y llevar personas allí representa que es alguien muy cercano o de confianza. A menos que no quede remedio. —Moví los hombros y llené mi boca de lechuga fresca con diminutos panecillos de pan triturado.

Elías me observaba, estaba completamente segura, hasta le escuché murmurar un “de acuerdo”. Ruth sonrió ante mi comentario, Beatriz también y Wanda afirmó con la cabeza, por lo que supuse estuve bien, pero la cara de Gloria no mostraba un ápice de naturalidad. A esas alturas desconocía la razón de su comportamiento.

—Bueno, cada quien tiene su manera de vivir la vida. Pero, cambiando de tema, Elías, veo que aprecias la literatura. El salón que tienes es hermoso. Casi pareciera que eres bibliotecario — Gloria se echó a reír sonoramente.

—Con el paso de los años he apreciado cada vez más el amor por los libros. La gran mayoría son regalos de familia y amistades, otros los he comprado durante mis viajes.

—¿Has leído a Baudelaire? —no pude evitar esa pregunta, la curiosidad se lanzó a mí al instante en que divisé la pared de libros y esta era una buena ocasión. Ni siquiera me detuve a repasar el rostro de las demás chicas.

—Por supuesto. ¿Tienes alguna obra preferida? —Elías dejó el tenedor a un lado, yo hice lo mismo para verlo a los ojos. Él parecía estar impresionado. Si iba a dialogar con el jefe, en plan de compañeros, iba hacerlo bien, por más que las rodillas me temblaran:

— *Las flores del mal* —Elías levantó una ceja mientras sus labios formaban una sonrisa discreta—. Creo que... me ha impactado en sobremanera.

—Y no es para menos, *Las flores del mal* trastoca tantos puntos de manera increíblemente poética, sensible y hermosa. El arte de captar las emociones y sensaciones, que es lo que hacemos, por ejemplo, se basa en ese nivel de observación la humanidad. Qué tan sensible eres será el resultado de lo que proyectas.

—Bueno, pero siempre hay quienes no logran... encajar o entender lo que ven.

—El que no entiende es porque no se ha dejado sumergir, no le ha permitido a su mente dejar que explore, que descubra. Uno de los gustos más grandes que tenemos los fotógrafos es observar, Amelia. Observar el más mínimo rubor, el gesto más delicado de las manos, el mechón de cabello que se desliza por el cuello o los ojos fijos en algún punto que nos permita divagar en los pensamientos. Creo que estamos de acuerdo en eso, ¿verdad?

—Sí, completamente —me esforcé por articular, reprochándome por la maldita sensación de estar expuesta ante él, como si me conociera desde antes.

—Entonces somos personas que disfrutamos observar en silencio, sin llamar la atención — aquella fue una aclaración que no podía refutar.

El aire caluroso que se respiraba, o que al menos yo respiraba, fue aliviado por la llegada de una señora vestida de negro. Elías nos la presentó como la encargada de la cocina en eventos especiales de la casa, ya que, el resto del tiempo, él se las arreglaba muy bien solo o junto a su hermana. La mujer de ojos rasgados y cabello marcado por varias canas trajo una mesita rodante,

sobre ella había diez platillos de dos clases de postre, uno debía ser *Charlotte Russe*, por el color rosado, la textura y el color, y el otro era pastel de chocolate con fresas frescas. Se me hizo la boca agua.

Elías mantuvo su mirada fija sobre mí durante lo que me pareció una eternidad, luego sonrió con ese encanto peculiar y volteó hacia las demás chicas, mientras cada uno de nosotros recibía los dos platillos de postre.

—Estoy seguro que les encantará. Silvia hace postres tan deliciosos que podría engordar si me descuido con los ejercicios.

—Con libras de más o de menos, no hay duda de que eres todo un caballero —comentó Beatriz entre risillas, quien ya se había comido la mitad del pastel.

—Es un halago encantador, hasta puedo imaginarme en una fotografía, con panza y sosteniendo un pastel entero —todos nos echamos a reír por su comentario natural, de esos que solo se tienen en buena compañía—. Y hablando de fotografías, y luego de haber tenido una deliciosa cena, creo que aquí, a la mesa, es un buen momento para conocer un poco de sus trabajos mientras se termina el postre. Me gustaría que... Wanda nos contara cómo se inspiró.

Sentí un enorme alivio al ver que no sería la primera en comenzar el discurso de las cosas que me inspiraron para el book de la sesión erótica, en todo caso, estaba segura de que el pánico se apoderaría de mi garganta y no podría hablar correctamente. Si era la primera vez en hacer fotos así, más difícil aun sería tener que hablar sobre ello.

Cada una de las chicas se desenvolvió con suma tranquilidad y naturalidad en el diálogo, no tanto Beatriz, su risita nerviosa la hacían ver como una chica más pequeña, pero igual se mantuvo en su línea profesional. Casi sentí envidia de Gloria por su soltura y la manera en que movía las manos para representar lo que tuvo que hacer, incluso se levantó de la silla para mostrar las posturas físicas que llegó a manejar. Y yo no era así, yo no lograba entrar en aquella soltura mientras estaba rodeada de personas. Recordamos con diversión aquella foto que circuló por las redes sociales sobre esas posturas graciosas y un tanto extrañas que adoptamos los fotógrafos, todo por capturar la mejor vista. Ruth fue directa al grano, la chica al parecer escondía muy bien sus gustos por la sensualidad, porque logró hacer que Elías le hiciera más preguntas que a las demás, como el lugar que escogió para la pareja, los tonos de luz y las posiciones corporales.

—Bueno, debo admitir que ustedes me han sorprendido. Supieron manejar el tema con excelente profesionalismo y, a su vez, transmitieron muy bien la esencia. Les gustará saber que varios dueños de pequeñas compañías se han puesto en contacto conmigo para acordar algún contrato con ustedes y que sean sus fotógrafos de preferencia.

—Vaya, eso es un notición —Gloria removió sus caderas sobre la silla—. Podría ser un trampolín, aunque... yo estoy feliz de trabajar contigo, Elías.

No pude evitar ahogar la risa, esta mujer al parecer tuvo pérdida de memoria (selectiva) y no recordaba que éramos un equipo, uno grande, y que trabajábamos para una división, no solo para una persona en particular. Mi concepto era distinto, yo trabajaba para darle al mundo una mejor visión a través de mi lente.

—Pero, si me permiten darles un consejo: no se vayan a galope, evalúen lo que mejor les convenga a ustedes, en todos los sentidos, solo así tomarán la mejor decisión —dirigió su vista hacia mí y ya sabía lo que diría—. No creas que te me escaparás, dulce Amelia. Es tu turno para contarnos.

Y me quedé helada, de piedra, mientras sentía mis orejas quemarse por el rubor. Eso de hablar de manera personal frente a personas a quienes solo veía en el trabajo no era lo mío, lo había hecho contadas veces en el pasado y siempre acababa con un nudo en el estómago, sin importar la

cantidad. Y bajo estas circunstancias era aún más grave.

—¿Qué les parece si nos sentamos en el salón? Así pueden echarles un vistazo a los libros, si lo desean, en lo que yo atiendo la llamada de mi hermana —nos mostró el móvil —que no para de insistir— puso cara de queja fingida.

—Seguro —alcancé a decir por lo bajo, siendo consciente de que las otras chicas casi dieron el grito de júbilo.

Nos encaminamos al salón-biblioteca, un espacio tan mágico e íntimo donde pedacitos de Elías estaban presentes, como en una fotografía familiar y varias hojas sueltas de apuntes sobre una mesa de centro. Los grandes sillones rojos eran como los imaginé: firmes pero muy cómodos, ideal para la buena lectura y con suerte quedarse allí dormido.

—No puedo creer que aquí estemos —Beatriz acariciaba la portada de un libro—. Creo que le hemos dado una buena impresión al jefe, ¿no creen?

—En este momento no es nuestro jefe —le dijo Gloria, quien se acomodaba mejor el vestido para levantar sus pechos—. Míralo como si fuera el vecino.

—Ten cuidado, Glori, no sea que se te pase la mano y acabes despedida, con *la caja* fuera —era el término que usábamos como chiste interno para referirnos a los despidos o renunciaciones, porque siempre que alguien salía por las grandes puertas lo hacía con su enorme caja de cartón repleta de books y objetos personales.

—Ruth, ¿siempre eres así? Tsss, eres muy dark. Este Elías con quien hablamos es como... un compañero más, así lo veo yo.

—Yo que tú me mantendría con cuidado —me atreví a decirle, con toda la sutileza del mundo para que no fuera a tomarme mal, pero por la expresión de su cara deduje que no tuve éxito, así que intenté agregar algo más—. Ya sabes lo que dicen sobre las relaciones de trabajo-pareja.

—¿Y qué es lo que dicen, Ami? Ilumínanos.

—Bueno, tú sabes, si eres pareja de tu jefe o empleado alguien acaba arrastrando los problemas al trabajo y las cosas terminan mal. Yo no he conocido una sola pareja que haya sido capaz de separar las cosas, siempre a alguien se le escapa alguna discusión. Y, em... si tú tienes planes de engancharte con él, pues...

—Tienes toda la razón, querida —me interrumpió con un brillo extraño en sus ojos—, tienes completa razón. Creo que es lo más acertado que has dicho esta noche.

Me dio la espalda y quedó erguida frente a una pintura que colgaba cercana a la ventana, la observó unos instantes y volvió a girar para decirme un simple “gracias, eres un genio”. Olvidar sus comentarios era lo mejor que podía hacer si quería mantener mis impulsos en baja y el fastidioso tic nervioso en mis piernas. Bajo las suaves luces empotradas en el techo, las chicas, en especial Gloria, continuaron dialogando con fascinación sobre los múltiples géneros literarios que encontraban. Hasta sentí el corazón bombear con fuerza cuando me pareció escuchar *La historia de O* por ahí. Si Elías había leído aquel libro...

Sentí la fuerte necesidad de ir al baño, no podía retener tanto líquido por un día, así que me levanté silenciosa para ver si encontraba el lugar. No queriendo entrometerme, fui con cautela por el corto pasillo, pasando de lado la escalera en espiral con un sencillo barandal de caoba. Había dos puertas cerradas, ni idea si alguna de ellas correspondía al baño. Por un momento me fijé en las dos grandes puertas de cristal al final del pasillo, adornadas con rejilla en forma de círculos grandes. Detrás debía estar el patio, a juzgar por la oscura alfombra verde, sillas de exterior y algo parecido a una piscina. Vi una sombra moverse, entre las sillas y dos pequeños arbustos. Quizá había alguien más en la casa esa noche, pero la curiosidad me picó aún más, olvidando la necesidad que tenía. Me acerqué a las puertas y vi, gracias a la escasa luz de la luna, que se

trataba de Elías. Parecía nervioso al teléfono, por lo que pensé que debía dejar de espiar, pero en ese instante su cuerpo giró, encontrándonos cara a cara, con un grueso cristal de por medio.

«Ay, no... metí la pata. Estoy frita, ¿cómo se me ocurrió espiar? Ahora pensará que...»

El terror debió cruzar por mi rostro, eso era seguro, pero Elías mostró una enorme sonrisa y levantó la mano para invitarme a pasar. Tapó el auricular y me pareció escucharlo decir “está abierto, ven”. No estaba segura de cuán buena idea resultaría ser cruzar la puerta, mucho menos de la posible conversación. Atrás se escuchaban las risas de mis compañeras y el murmullo de sus comentarios, y el subconsciente gritándome contradicciones que no me ayudaban para nada. Pero Elías seguía allí, ese hombre que siempre me pareció inalcanzable estaba sonriéndome, y fuera jefe o no, sería un error negar que me palpitaba el pecho con tan solo verlo al rostro.

PARTE V

El deseo de mi vejiga se esfumó al instante en el que crucé aquellas puertas. Todo, todo se concentró en mis pasos hacia él, que aun sostenía el móvil y fruncía el ceño de vez en cuando.

—... es que eso no es razón suficiente para que lo golpearas así, Jenny... Ajá, ¿y qué quieres que haga? No, llama a Yusuf, él debe estar libre y te puede traer... —escuché la voz chillona de su hermana al otro lado y supe que estaba muy alterada—. Pues quédate en tu apartamento, pero me envías un texto para saber que llegaste al menos viva. Y ni se te ocurra provocar más problemas, suficiente por esta noche.

Estaba sentado sobre el brazo de la gruesa silla de metal. Repasé sus hombros, que por lo visto estaban tensos, y me detuve a contemplar la mano que descansaba sobre su rodilla. Era grande y tonificada, como si en un pasado se hubiese dedicado a la construcción. Sus largos dedos estaban esparcidos y un tanto doblados y no sabía por qué, pero los movía hacia adentro y afuera acariciando, inconscientemente, su pantalón. Aquel movimiento me pilló por sorpresa, ese roce debía sentirse bien si fuese mi cuello el que estuviera bajo sus dedos, o la nuca, allí mi sensibilidad era extrema, aunque nadie lo sabía. Sus dedos se movían con gentileza, marcando un ritmo, tan suave y...

—Discúlpame, tuve que reprender a mi hermana —la voz pausada de Elías me trajo de vuelta. Lo miré azorada—. No te preocupes, no interrumpiste, ella es algo... rebelde aún.

—¿Cuántos años tiene? —fue lo primero que se me ocurrió preguntar.

—Veinte, pero es como una adolescente que no quiere crecer. —Se echó a reír.

—Quizá sea el estilo de vida. Quiero decir, em... —me froté las manos, antes de sentarme en la silla contigua a Elías— Ella es la hermana de un alto presidente, debe estar todo el tiempo cuidando su imagen, estoy segura que lo hace con amor, pero igual también debe ser un poco cansino, así que en ocasiones es normal que se torne rebelde. Yo no creo que sea cómodo andar con vigilancia todo el tiempo, si es que la tiene, claro.

—¡Ja!, si Jenny estuviera aquí de seguro se lanza a darte un abrazo —esquivé su mirada para ocultar una sonrisa—. Tienes toda la razón, y en ocasiones quisiera que fuera distinto, pero prefiero eso a que la vayan a lastimar.

—No hay duda.

Elías terminó de sentarse correctamente en la silla y puso sus codos sobre los muslos. En aquella posición podría ver un poco más allá del primer botón de su camisa, pero no quería que me pillara observando, eso estaba prohibido, prohibido mirarle el pecho a mi jefe. Era una regla básica: no mirar.

—Amelia, tu sesión fotográfica fue una maravilla. Me deleité con cada una de ellas, como si hubiese sido yo mismo quien las tomó. Me gustaría que me contaras, aquí y ahora, cómo te inspiraste para realizarlas.

—Pe-pero... ¿no es mejor idea que estén todas las chicas?

Elías mantuvo su mirada serena, sin expresar mucho más que aquella clásica sonrisa de lado. Entrelazó sus dedos y miró hacia el pasillo a la vez que frotaba sus pulgares.

—Hace mucho que te observo. Te gusta... pasar desapercibida, algo gracioso para quien es fotógrafo. Tus trabajos siempre han llamado mi atención, diría que más que la mayoría. Quizá te sea más cómodo si lo hablamos aquí, no quiero que te cohíbas.

La misma sensación volvió a tomar posesión de mí. Ya no tenía dudas, aquel hombre tuvo que haberse tomado un tiempo para evaluar mi comportamiento, mis gustos, la comodidad que sentía cuando estaba lejos del bullicio. Pero me asaltaron otras dudas: ¿me habría visto tomar té a solas mientras editaba algunas imágenes en la cocina privada de nuestro piso?, ¿habría notado las veces en las que me encerraba en el baño para hablar con mis padres?, ¿se habrá dado cuenta de que todos los jueves le dejaba tres dólares al mendigo de la esquina?

—Señor Coll...

—No, por favor. Para ti soy Elías, a secas. Aunque... mi apellido suena dulce saliendo de tus labios.

—Ay, Dios —susurré—. Bien. Pues, Elías, nunca antes incursioné en fotografías eróticas. Al principio me costó un poco soltarme. Me dediqué, primero, a estudiar mejor el tema. No es que no conozca el termino, pero... quería asegurarme y descubrir más.

—Eso es fantástico. De eso se trata la vida, descubrir, aprender, probar y tomar riesgos.

—Am... pues descubrí mucho —no contuve las cortas risas y Elías se unió, aunque sospechaba que la causa era mi entero rostro enrojecido—. En realidad, hay más cosas de las que imaginaba. Por ejemplo, el sentido de la vista. Cuando no está presente todo se amplifica, eso... crea un nivel alto de...

—Alerta y excitación —dijo primero—. La persona entrega la confianza y el sentido de la vista, por lo que la expectativa crece junto al deseo. Imagino que lo pudiste comprobar con la pareja que fotografiaste, ¿cierto?

—Yo, em... Así es —sonreí a la vez que apretaba mi brazo con nerviosismo. Él se notaba tan confiado y yo me sentía como un pequeño pez en el enorme océano—. Aceptaron encantados, probamos varias posturas, por lo que fue una sesión divertida y cómoda.

—Imagino que sí —quedó al borde de la silla, sin retirar su mirada de la mía—. Amelia, no te voy a negar que me gustaría escuchar cómo llegaste a la foto de la mujer de los ojos vendados, pero solo quiero que lo hagas si tú lo deseas. Verás, ese es un acto de confianza. Es un acto muy erótico, sensual, cargado de mucho deseo. La manera en que la tomaste... pasé varias noches pensando en eso, porque transmite a la perfección esa entrega.

—Es algo que siempre quise probar.

«... eh, ¿qué demonios dije?»

Acababa de confesar algo personal, algo que consideraba muy delicado decir. Y se lo confesé de sopetón nada más y nada menos que a mi jefe. Nunca me había ocurrido semejante equivocación, ni siquiera en mis recuerdos de las conversaciones con mis padres. Sentí mi rostro arder con violencia, podía escuchar los latidos de mi corazón desbocado y sobraría decir que estaba más que avergonzada. Fruncí el ceño, preguntándome cómo fui capaz de soltar semejante secreto, luego sentí miedo por lo que mi jefe, ¡mi jefe!, podría pensar de mí. Además, aun cuando tratara de verlo como Elías, era obvio que lo estaría viendo casi a diario por distintos medios. ¿Cómo iba a tolerarlo?

—Eh, no sientas temor. No ha pasado nada malo.

—Sí, sí que ha pasado algo terrible. Yo... —me levanté de la silla, azorada y con la cabeza echa un lio— me disculpo.

—No tienes nada de qué avergonzarte o pedir disculpas. —También se levantó, me sostuvo de forma gentil del brazo para evitar que saliera corriendo, como seguramente haría—. Has dicho lo que sentías, y no es ningún pecado, no hace daño a nadie.

—Lo siento, de veras.

No pude verlo a la cara, salí de allí a paso firme, con las manos temblorosas, sin mirar atrás.

Las voces de las chicas seguían en el mismo lugar. Entonces la necesidad de orinar volvió con más fuerza, como si se burlara de mí por haberla echado a un lado. Abrí la primera puerta que me encontré a mi izquierda y sentí alivio profundo cuando me topé con un reluciente y elegante inodoro blanco.

—Tonta, ¡que tonta soy, por Dios!

Cerré con seguro tras de mí, a la vez que cuestionaba mi comportamiento anterior, fui directo al lavabo y abrí la pluma para echarme agua fría en el cuello. Por un instante observé lo que el espejo reflejaba, y vi a una mujer con el corazón desbocado, las mejillas ardidas y pupilas dilatadas. Genial, primero mi atuendo, ahora mi precario rostro. Sin pensar mucho más me senté en el inodoro luego de quitarme a trompicones el botón del pantalón y bajarme las bragas con tanta prisa que casi terminaron rotas. No me detuve a observar la pulcritud de aquel lugar, pero algo llamó mi atención. Si bien aquel moderado baño era para las visitas (de eso estaba segura), contaba con una pequeña ducha en la esquina que, gracias a la puertilla de cristal, dejaba ver todo el interior. Las baldosas negras y relucientes brillaban con gentileza, haciendo juego con un amplio suelo gris, y allí, colgando de la redonda regadera moderna, encontré una corbata roja. Parecía estar mojada, aunque con el cristal en medio era difícil asegurarlo. Mis pensamientos no tardaron en lanzarse a todo tren, pero no era correcto, no estaba bien el permitirme navegar por ahí, estaba demasiado alterada como para imaginar esa corbata amarrando mis muñecas o alrededor de mis tobillos. No, aquello no lo podía imaginar, tal vez tenía que dejar de leer tantos libros eróticos, aquellos que conseguí para tener mejores ideas para la sesión fotográfica.

Alguien tocó a la puerta, eran tan solo dos toques leves. Sentí el cosquilleo en los pies y el ligero temblor dentro de mi pecho. ¿Y si era él? ¿Y si era alguna de las chicas y me encontraba en mi azorado estado?

—¡Un segundo!

Una vez con los pantalones en su sitio di una última mirada al espejo, aún con las manos mojadas y el cuello humedecido. Por suerte me quedaba algo de maquillaje decente en los ojos y conservaba los labios rosados. Con cautela abrí la puerta, para encontrarme con la razón de mi pecho acelerado. Allí estaba él, con una mano en el bolsillo y recargando su cuerpo junto al marco de la puerta.

—Amelia, te debo una disculpa —su voz era casi un susurro, y no supe identificar si se debía a su aparente pena o no deseaba ser escuchado por alguien más. Preferí inclinarme por lo segundo.

—¿Q-qué? No, no has hecho nada malo.

—Tú tampoco. —No lo vi venir, sus dedos se acercaron a mi rostro por un instante pensé que seguiría la línea de mi barbilla. En vez de eso se limitó a rozar un mechón de cabello que colgaba en mi frente—. Tú tampoco has hecho nada malo.

—Elías...

—No digas nada. Solo deja que... déjame observarte.

Entonces pasó, que aquellos dedos se deslizaron por el costado de mi frente, bajando hacia mis mejillas y luego, tan delicado, por el borde de mis labios. Y allí estaba yo, atrapada entre un gran cuerpo y una corbata roja colgando de la regadera y que me provocaba pensamientos casi prohibidos, sin saber cómo reaccionar, olvidando, momentáneamente, las otras personas que tan cerca estaban.

—Si llegara a confesarte lo que pienso ahora, lo que desearía hacer contigo, entonces sí saldrías corriendo. Pero no quiero, lo más que deseo es que te quedes. Tu compañía la disfruto tanto como el té de las madrugadas.

—Nunca he tomado té en las madrugadas —y de nuevo otro pensamiento apresurado en voz

alta.

—Entonces me gustaría pro...

—Hey, ¿pero que tenemos aquí?

Aquel evidente aire tenso y cálido que nos envolvía fue cortado de raíz con la voz de Gloria, quien se acercaba dando zancadas, meneando las caderas y las manos. Su expresión, lejos de ser amigable, era más de una leona a punto de atacar, aún con aquella sonrisa bien fingida. Miré de soslayo a Elías, quien se enderezó con naturalidad a la vez que bajaba su mano rozando todo mi brazo. Mi piel aceptó aquel roce con total libertad, como un secreto compartido que se disfruta en silencio. Debería, a esas alturas, pensar que estaba rompiendo alguna regla, que estaba yendo en contra de las etiquetas, pero no pude, no pude negarme más a lo que mi propio cuerpo aceptaba, y Elías no ayudaba en lo más mínimo, allí seguía su sonrisa y esos ojos que parecían conocer los lugares más íntimos de mi mente.

—Tienes una repisa llena de libros muy interesantes. Si no fueras mi jefe estaría justo ahora usando mis armas para persuadirte y me prestes uno. Pero tengo moral, mis padres me educaron muy bien a conocer los límites entre empleado y superior.

Le estaba hablando a Elías, pero, ¿qué quería decir con todo eso? Parecía que sus palabras iban hacia mí, o quizá solo era producto de mis nervios. De lo que sí estaba segura era de los evidentes celos que mostraba, intentando ser opacados por su falsa sonrisa e interés por los libros (que seguramente no los leería, aunque fuesen regalos). Llené mis pulmones de aire y me alejé de allí pidiendo permiso, tenía que refrescar la mente. A mis espaldas escuché la risa de mi ahora insoportable compañera, pero no me importaba conocer los motivos.

Tan pronto llegué al salón me uní a las otras chicas, quienes sonreían con naturalidad y aprovechaban cualquier objeto para hacer una buena crítica. Le eché una última ojeada al lugar, disfrutando de la poca luz y las sombras tenues, y me permití escuchar varios chistes, algo flojos, pero igual divertidos, para entonces reír de igual forma. Luego llegó Elías, acompañado de Gloria, platicando sobre algo que realmente no quería escuchar, tampoco deseaba verlos a la cara. ¿Qué me estaba pasando? Ni yo misma conocía la respuesta. ¿Celos?, no, ¿envidia?, tampoco, ¿miedo?, tal vez, ¿miedo a qué? Solo pude despertar de mi letargo en cuanto escuché la voz de mi apuesto jefe, mi atento y elegante anfitrión.

—...y ciertamente ha sido una noche muy amena, esclarecedora. He disfrutado conocerlas un poco más, también su travesía por la sesión de fotos.

—Somos nosotras quienes estamos agradecidas contigo, por ser parte de la mejor empresa — Ruth se animó a mostrar su sonrisa, poco usual en ella. Si lo hacía más seguido sin duda acabaría con muchos pretendientes.

—Pues es hora de irnos, miren la hora que —es Wanda, como siempre, se preocupaba por que todo fluyera en perfecto orden. Le agradecí mentalmente, si permanecía más tiempo allí sabrá Dios de hasta dónde fuesen a parar mis pensamientos—. No queremos abusar de nuestro superior, tampoco sería buena idea llegar soñolientas a trabajar mañana.

Entre abrazos y besos fugaces, dejé que todas mis compañeras se despidieran primero. Yo no quería ser observada, no quería sentir todos esos ojos en mi espalda, estudiando cada movimiento. O eso me obligué a creer, apartando de un manotazo la idea de prolongar algo, de seguro inexistente, entre Elías y yo. Solo cuando la última chica cruzó el umbral pude acercarme a mi jefe, siendo consciente de la discreta mirada de Gloria.

—Me ha gustado mucho compartir en tu casa. Es hermosa. El jardín, el salón, tu patio, las pinturas... todo.

—Tú eres hermosa.

—... Ah. Em, gra-gracias —el bombeo de mi corazón se tornó violento—. ¿Siempre eres directo?

—Lo soy con las cosas que me gustan, con los momentos que disfruto, con las personas que despiertan un intenso interés en mí.

No supe qué responder. ¿Estaba diciendo que se interesaba en mí? ¿Cuándo ocurrió?

—Piensas demasiado. Es bueno detenernos a pensar, pero a veces... —Tomó mi mano con discreción y dibujó círculos en ella con la punta de su pulgar— también es bueno dejarnos llevar por las emociones.

—Me pones nerviosa. Es todo.

—Lo sé, pero me gustaría demostrarte que conmigo no debes sentir esos nervios. De hecho, voy a hacerte una propuesta.

Vi con detenimientos aquellos labios carnosos moverse mientras articulaba palabras. El resto del panorama perdió sentido, ni siquiera lograba escuchar el murmullo de mis compañeras al otro lado del umbral, aunque seguramente todas estaban tan atentas como yo. Mi pobre pecho se contraía y aquella mano que entonces sostuvo Elías con la suya comenzó a sudar, mientras mis pies intentaban sostener un cuerpo que amenazaba con derramarse por el suelo.

Le dije que sí, luego de un silencio que me pareció eterno. Le dije que sí a su propuesta, a pasar tres días con él, en su casa, sin interrupciones, para disfrutar de otras pinturas, de más conversaciones. O le dije que sí porque me daba la gana, porque en el fondo yo también quería hacer algo sin pensar demasiado, sin que me importaran los demás, solo complacer mis deseos, que tan pocas veces me permitía. Y, si bien era cierto que aquella propuesta podía sonar a locura, a peligro, también era real mi deseo de estar más cerca de él, después de todo nada me ataba.

Volví a recordar las palabras de Tito: “dile que sí a todo aquello que no te haga daño y lo puedas disfrutar”.

PARTE VI

VIERNES

Eran las cinco de la madrugada, lo supe por los números rojos del reloj digital sobre la mesita de noche a mi izquierda. Aun sus palabras rondaban por mi cabeza, formando un eco apacible:

“Sería un honor el tenerte aquí, este fin de semana, y compartir más sobre lo que nos gusta. Sería... más que un placer si aceptas. Mostrarte las fotografías que guardo con celo y conversar por horas en el patio, con una enorme taza de café. Si me dices que no, lo voy a entender, esto suena a locura. Pero si aceptas...”

Ni siquiera dejé que acabara la frase, le dije que sí por instinto, por el maldito impulso y emoción. ¿Locura?, por supuesto, pero al diablo, Elías no era un psicópata, o de eso estaba convencida. Recordé con gracia los rostros de mis compañeras mientras se subían al auto que las llevaría a sus respectivos hogares, en especial el de Gloria, quien parecía estar al borde de una catarsis. Al diablo con ella también. Mi jefe me aseguró que tendría lo necesario para pasar los tres días en su compañía, sin preocuparme por absolutamente nada. Por primera vez me vi considerando la oportunidad de permitir que otra persona me... consintiera; aunque era una palabra mayor, fue la mejor que encontré.

Y allí estaba, mirando el techo cremoso, envuelta en una gruesa frisa que mantenía mi cuerpo cálido dentro de aquella habitación de fresca temperatura. Era el cuarto de invitados, como bien dijo Elías, aunque muy rara vez era utilizado; alguno que otro colega que pasaba de visita y quería despejarse del ajetreo laboral era bienvenido. Los enormes ventanales a mi derecha permanecían cubiertos por cortinas blancas que iban del techo al suelo, un pequeño armario cerrado con puertas de madera tallada a mi izquierda, un espejo de medio cuerpo, grande y cuadrado, justo en frente de mí y diversas fotografías que colgaban de las paredes. Aquella habitación era tan agradable que podría quedarme y olvidarme del tiempo.

Volví a mirar el reloj, daban las 5:45. A esas alturas ya no estaba segura de retomar el sueño, así que me dispuse a salir de aquella mullida cama. Por suerte, antes de cerrar la puerta la noche anterior, Elías me dejó un pijama bien doblado sobre las manos. Sus dedos rozaron con los míos, no supe si lo hizo a conciencia, pero la electricidad en la piel fue intensa y evidente. Su mirada sostuvo la mía sin reservas, ahí estaba él, estudiándome de nuevo, esperando algo, aunque de su boca no salían palabras. Si tan solo pudiese leer los pensamientos por un minuto... Volví a echar un último vistazo al espejo, tocando con meticulosidad la camiseta blanca y la liga del pantalón de lana que ocultaba lo delgado de mis piernas. Mi rostro era el de una chica que parecía desvelada, pero mi cabello me hacía parecer una palomita de maíz recién hecha. Con agilidad peiné mi pelo con los dedos y lo até en una coleta.

Para cuando abrí la puerta, el frío se hizo más intenso. Miré hacia ambos lados: todo estaba quieto y en silencio. Caminé por el pasillo, prestando atención en las puertas cerradas.

—¿Elías? —pregunté en voz muy baja.

Pero no hubo respuesta, cosa que era de entender. Me atreví a bajar las escaleras, en dirección hacia la cocina, tal vez allí podría... Desistí, no era una amiga cercana de Elías como para tomarme la libertad de hurgar en la nevera, aquello me mataría de vergüenza. No iba a tocar nada sin que él lo supiera antes, por pura cortesía. Mis pies cambiaron el rumbo hacia el patio, tal vez allí podría sentir los primeros rayos cálidos del sol y escuchar las aves. Corrí la puerta de cristal

lentamente, agradecida por el ausente rechinar. A esas horas el cielo no estaba del todo claro, pero sí lo suficiente como para darme cuenta que el patio era mucho más grande y hermoso de lo que imaginé. Los redondos arbustos se mostraban frescos, también el césped recién cortado, la variedad de flores en macetas era exquisita y el caminito de piedra disperso en múltiples direcciones era ideal para hacer una ligera e íntima caminata, mientras te dejabas aromatizar por aquel mimado exterior.

Estaba de espaldas a las puertas, admirando aquella imagen que parecía sacada de una revista, cuando escuché un carraspeo...

—¡Buenos días! —Giré enseguida. Aquel hombre de mirada intensa mostró una enorme sonrisa — Qué sorpresa, pensé que aún estarías durmiendo.

Bendita sea su penetrante voz.

Me detuve a observar su atuendo: estaba sudado, con la camisilla pegada al cuerpo, usaba pantalones de ejercicio y el tenis derecho llevaba el cordón suelto. Comprendí que regresaba de una extensa caminata y... también comprendí que mis ojos no se alejaban de su pecho, grande y duro.

—Em... Ho-hola, buenos días. Yo... en realidad llevaba rato despierta y no podía seguir en la cama.

—Pero, ¿has logrado descansar?

—Pues, se puede decir que sí. Nunca había... quiero decir...

—Conmigo no retengas los pensamientos —me alentó con suavidad, acercándose.

—... Me siento como una adolescente que se acaba de fugar de la casa.

—Eso es bueno.

—¿Bueno?

—Claro, significa que te emociona, que tienes el corazón acelerado y eso —Quedó peligrosamente cerca de mí— es estar vivo.

—Am, pues, creo que sí —sonreí tontamente. Con aquella cercanía era difícil pensar con claridad, tenía que cambiar de tema—. ¿Te gusta correr en las madrugadas?

—No suelo hacerlo muy seguido, solo cuando siento ansiedad. Pero me gusta.

Volví a sonreír, por lo que le di la espalda, con intención de adentrarme en aquel bello jardín. Cualquier excusa sería válida. Pero entonces pensé, ¿para qué estoy aquí? Quise convencerme que era por la plática y fotografías. Pero había más, algo más que no me atrevía a decir en voz alta.

—Amelia, regálame un par de minutos en lo que voy a la ducha, ¿sí?

Giré sobre mis pies, y entonces el calor cubrió mi rostro: Elías estaba de torso desnudo y con aquellos pantalones colgando de sus caderas. Se veía tan, tan masculino, su mandíbula apretada, el cabello sin peinar, el sudor bajando por su cuello, más abajo por su pecho y perdiéndose al sur de su ombligo. Debía ser pecado, aquel hombre era... un peligro en todo el sentido de la palabra. ¿Por qué se veía tan tranquilo? ¿Por qué frente a mí se mostraba como el hombre maduro pero alegre que en realidad era, distinto cuando estaba frente a las cámaras? Abrí los ojos con espanto al ser consciente de que tenía la vista fija en él sin disimulo.

—Por Dios —susurré para mí—. Claro, tómate el tiempo que necesites, es tu casa. Y yo aquí me quedo.

—Puedes recorrer toda la casa y tomar lo que desees. Recuérdalo, Amelia, sin temor. Pero este lugar es mágico, seguro te gustará el olor del jardín.

Iba a voltearme de nuevo, cuando añadió:

—Me gustaría darte un beso, por los buenos días. ¿Puedo?

—Sí —logré articular pasivamente.

Hice caso omiso al ritmo acelerado dentro de mi pecho, permanecí quieta, sin pensar, solo viendo cómo acortaba la poca distancia ente los dos. En las noches más íntimas añoraba conocer el sabor de su boca, sentir su respiración cerca, no por el morbo de ser mi jefe, sino el hombre atractivo, con ese halo de misterio y seducción que dejaba a su paso. Mi atracción hacia él era como la tierra al sol, pero lograba ocultarlo bien. Y ahora lo tenía con su aire en mi rostro, sus labios tan cerca de los míos, sin poder creerlo, sin lograr imaginar que la callada Amelia estaba frente a Elías en un ambiente lejos de lo profesional. Cerré los ojos por instinto, creyendo que me besaría en la boca, pero no lo hizo, el beso llegó a mi mejilla, deteniéndose por lo que me pareció un largo rato.

—Buenos días —dijo pausadamente, para luego erguirse con naturalidad y perderse dentro de la casa, sin yo poder decir nada.

El desayuno de aquel viernes fue para envidiar: huevos revueltos, tostadas con mermelada de melocotón, crema de maíz y jugo de naranja. Y el mejor descubrimiento fue que todo lo preparó el mismo Elías, así que el placer fue doble. También descubrí que él permanecía solo los fines de semana, por lo que podía darse el lujo de ir a sus anchas. La única hermana que tenía, rebelde por demás, lo visitaba con frecuencia y era independiente y orgullosa en el buen sentido.

—... y me dijo: “serás la mejor, la mejor de todas”, pero yo solo pensaba en la pila de fotos que debía evaluar y las horas que faltaban. —No paraba de reír, contándole a Elías algunas anécdotas familiares. Estábamos sentados en un sillón colgante, a un costado del cobertizo. La distancia era mínima entre los dos, el viento era fresco.

—Poco antes de que mis padres se divorcieran, mi hermana y yo nos escapamos con cámara en mano. ¿Sabes cuál fue la idea?

—Cuéntame.

—Sacarles fotos a gatos callejeros en plena noche. No llegamos sino hasta la mañana siguiente.

—¿En serio? —levanté las cejas— Tus padres se habrán llevado tremendo susto.

—Sí, y la discusión fue tremenda. Pero... aún conservo casi todas esas fotografías. De hecho, tengo un álbum solo de gatos callejeros.

—Vaya, me gustará verlo —sonreí con sinceridad y, por un instante, divagué, con la mirada perdida en el panorama exterior.

—Por supuesto. ¿Ves? Esta es la Amelia a la que he visto, curiosa y libre dentro de una burbuja. —Mis ojos cayeron veloces a su rostro, con algo parecido a la vergüenza—. No me mires así, te he observado, ya lo dije antes.

—Eso debería ser... perturbador.

—Pero no lo es, particularmente porque he notado que tú también me observas.

Sin darme cuenta, ambos nos retábamos con la mirada, pero él me ganaba por mucho y acabé torciendo los labios, sin soltar la conexión, aun cuando el esfuerzo por no ser la vencida me resultaba intenso.

—Lo dices con mucha seguridad.

—Cuando digo las cosas con entera seguridad es porque ya le he dado vueltas al asunto.

—Pero puede que te equivoques.

—Puede, en efecto. Es aquí cuando me dices si estoy equivocado.

Estaba sonriendo, aquel hombre que incitaba al pecado me observaba con una perfecta serenidad, porque ya lo sabía de alguna manera. Y no iba a mentir, a esas alturas no podía darme el lujo de ocultar lo evidente, entonces tuve que aceptarlo:

—No. No estás equivocado.

—Ah, dulce Amelia —Miró al suelo fugazmente para luego volver a mí—. Voy a traerte dos

cosas. Quédate aquí, no te escapes, o tendré que ir a por ti y darte ese beso en los labios que no te di en la mañana.

Entonces... el sí quiso besar mi boca. Le di gracias al universo por verlo entrar a la casa con rapidez, así podría torcer de nuevo los labios, frotarme las manos, quitarme los mechones de cabello de la cara y cerrar los ojos bien fuerte para creer todo lo que ocurría a mi alrededor. ¿En qué momento comencé a aceptar esto?, desconocía el terreno bajo mis pies, pero era cierto que me gustaba, esta clase de juego me resultaba íntimo, como si ambos aceptáramos la atracción entre los dos sin llegar a proclamarlo en voz alta.

Me levanté del sillón colgante para recargar mi cuerpo en el barandal del cobertizo, admirando el sol entre las nubes, escuchando el vaivén de los pinos cercanos y el silbido de las aves. Aquello me resultó paradisiaco, totalmente opuesto a la zona en la que vivía. Si mis padres supieran donde estaba... Pero nadie lo sabía, aún no me animaba a contarles, mucho menos responder los múltiples mensajes de texto de mis compañeras, preguntando por mí, intentando averiguar.

Escuché que la puerta se abría, todavía sin apartar la mirada hacia los árboles. Entonces sentí la presencia de Elías a mi espalda, muy cerca, luego un poco más, con su aliento rozando mi nuca. Podía sentir todo su pecho pegado a mí, también sus piernas. Estaba fuera de mí al aceptar aquel contacto tan cercano y agradecí mentalmente por la ducha fresca de la noche anterior.

—Hueles a campo —murmuró contra mi oído, inhalando con suavidad—. Me gusta —sus brazos me rodearon para mostrarme lo que había traído.

Estaba hipnotizada, presa en aquel masculino cuerpo. Hice un gran esfuerzo por no prestarle atención a lo que sentía mucho más debajo de la cintura; un bulto que de tan solo pensar en lo que era me alteraba, y observé con detenimiento los dos objetos: un álbum de fotos, en la que se apreciaba el hermoso rostro de un gato gris como portada, y una enorme taza llena de un claro líquido anaranjado.

—Es un té de melocotón. Te irás dando cuenta de mi fascinación por los teses frutales.

—Gracias. También el álbum se ve interesante.

—Es cursi, más que todo —Soltó una carcajada suave—, pero es parte de mis tesoros. Solo mi hermana conoce la existencia de esto, y ahora tú.

—Vaya... me-me siento halagada —y especial, porque estaba segura de su honestidad y aquello significaba mucho, más de lo que me permitía imaginar.

—Te mostraré otras cosas de mí y espero que tú también lo hagas.

¿Lo haría realmente? ¿Le mostraría mi personalidad, mi alma, tal cual era?

—Lo haré.

—Perfecto —articuló lentamente—. Ahora venga, veamos las fotos y prueba el té.

La tarde de aquel viernes se diluyó entre imágenes, aperitivos y debates. Descubrí que Elías adoraba la inmensidad del mar, pero a su vez le guardaba cierto temor. Más tarde comprendí que aquello comenzó desde el día en que casi se ahogó por haberse alejado inconscientemente de la orilla. Le conté, en mi contraparte, que era bastante ágil en el agua, gracias a las clases de natación que mis padres se empeñaron para que tomara. Siempre les estuve agradecida.

En un momento dado, luego de varias horas de charla, se excusó para marcarle a su hermana, alegando que necesitaba hacerle unas preguntas. Pero lo dijo con mucho misterio y no pude evitar espiarlo detrás de la puerta principal. Escuché que hablaba sobre ropa, tallas y pantuflas, también de espacio, felicidad y algo inesperado. La puerta no tenía cristal, por lo que me era imposible mirar a través, pero escuchaba sus pasos inquietos... y luego silencio, tal vez hizo una pausa o terminó la llamada. Entonces me asusté, pensando que me había pillado. Segundos después lo

supe:

—A mí también me gusta espiar —dijo abriendo la gran puerta, dejándome con cara de gato asustado y el cuerpo inmóvil—, lo he hecho en la oficina, y mucho, pero casi todo se resume en una sola persona.

Debía pedir disculpas por mi falta de respeto a la privacidad. Debía preguntarle cómo supo que lo espiaba tras la puerta y también debí preguntarle quién era esa persona. Pero no dije nada, mis labios permanecían sellados.

—Ven, quiero mostrarte algo —me ofreció su mano—. Pero no tengas miedo, conmigo estás segura. Ah, y otra cosa: no me reproches, por favor, con lo que vas a ver.

Miré su mano, que esperaba por la mía, luego mis ojos conectaron con los suyos. Y de nuevo esos "*debía*" que rondaban por mi cabeza, indicándome qué era lo mejor, pero...

Acepté la invitación sin preguntar, a fin de cuentas, para eso estaba allí, ¿no? Me dejé guiar hacia las escaleras, caminamos por el pasillo, tomados de la mano, sin decir nada. Podía sentir el ligero temblor entre los dedos, pero Elías tenía una insólita capacidad para mirarme y hacer que olvidara cualquier punto negativo. Llegamos a la última habitación, fue abierta con cautela y el aroma a melocotones inundó mi nariz: era un estudio de fotografía, pero sin la parte oscura y encerrada. Aquel lugar, en cambio, era espacioso, fresco e iluminado, gracias a las cuatro ventanas que permanecían semiabiertas. Creo que llegué a contar más de 30 fotos colgadas en las paredes y otras 20 en un mural de madera recostado en una esquina. Era una maravilla, todo lo que veían mis ojos era para envidiar. Descubrí que el aroma a melocotones era por las tres velas encendidas sobre tablones empotrados a la pared.

—Este es uno de mis refugios. Eres la primera mujer fuera del círculo familiar que ve esto.

—Elías, todo es tan... perfecto —él soltó una risa traviesa.

—Para mí también lo es, aquí hay historia, belleza. Quiero que disfrutes de todas las fotos que encuentres aquí, pero antes, acércate conmigo a la ventana.

Hice lo que me pidió tras indicarme la correcta. Quedaba al lado oeste de la casa y no vi más que cientos de copos de árboles y un par de casas lejanas. Entonces sentí la presencia de su cuerpo justo tras de mí, peligrosamente cerca. Cerré mis ojos momentáneamente, controlando mis instintos femeninos.

—¿Ves esa casa de ahí? —Señaló la más cercana—. Todos los viernes, a las seis de la tarde la esposa llega, se sienta sobre la mesa y espera a su esposo. Entonces, luego de cinco minutos, el esposo llega, se coloca entre sus piernas, le dice algo al oído y luego la besa. Después pasa el dorso de su mano por todo el costado de ella, hasta llegar a su muslo, se detiene allí, juega, la roza con la punta de sus dedos y vuelve a decirle algo al oído. Ella se sofoca, su pecho se agita, abre un poco más las piernas porque lo desea, desea que su esposo la tome ahí mismo. Pero él se retiene, la toma de la mano y luego se pierden en algún lugar de la casa. Espera... y mira.

No lograba pensar con claridad. Estaba con el cuerpo receptivo, frente a una ventana, espiando a los vecinos de Elías mientras él, con pausa y dedicación, me relataba lo que estaría a punto de ver. De nuevo, debí alterarme, decir que aquello estaba mal, pero no pude. No pude porque mi excitación era evidente, porque este hombre me pillaba entre el marco de la ventana y su cuerpo y no me era posible apartar la vista.

—Obsérvalos, Amelia. Míralos con detenimiento, sin pudor.

Entonces la vi, a través de la ventana de su comedor. La mujer traía puesto un vestido ceñido al cuerpo, con una gabardina, al parecer llegaba del trabajo. Se sentó sobre la mesa y esperó a su esposo. Y el hombre apareció, para colocarse entre las piernas de ella y decirle algo al oído, todo pasando frente a mi atenta mirada. Me costaba respirar con normalidad, por lo que separé los

labios en busca de más aire, y mucho más aire cuando Elías comenzó a rozar mis brazos, acariciándolos, también mis manos, para terminar entrelazando nuestros dedos.

—Cuando se marchen ya no podrás ver más —susurró junto a mi oreja—, pero pensarás en ellos y no vas a reprimir nada. Es estimulante, Amelia, es una de las formas en las que encuentro... inspiración.

—El sentido de la vista —puntalicé con obviedad, sin casi mantenerme sobre los pies.

—Así es. Luego, tal vez mañana, me gustaría que experimentes sensaciones, pero sin mirar. Y, si tú me lo permites, haremos fotografías. Es una propuesta atrevida, pero apuesto —movió la coleta de mi cabello a un lado— a que lo deseas tanto como yo.

—... Es lo que somos.

Un jadeo casi inaudible se escapó de mis labios. A lo que él añadió:

—Eres preciosa en todas las formas. Ahora bajemos, te mostraré una colección de series televisivas, pero no me llames cursi.

La noche del viernes, lejos de ser pacífica, resultó casi una tortura, pero estaba segura que también lo fue para Elías. Ambos quedamos agitados luego de la espiada a los vecinos, luego de observar cómo la pareja se provocaba entre toques y palabras. Iba a morir siendo pecadora, pero el placer de estar junto a ese hombre, la libertad con la que podía expresarme sin miedo a ser juzgada, iba por encima de todo. Comenzaba a pensar que él era tan perverso como yo, aunque faltaba mucho para comprobarlo.

SÁBADO

Volví a despertar de madrugada, esta vez, con el torrente de pensamientos a un nivel más bajo. Entrada la noche del viernes Elías fue directo al grano: resultó ser que la plática que tuvo con su hermana se debió a mí. Él necesitaba saber con exactitud su talla de ropa y calzado, con la intención de comprar algunas prendas para mí y que no tuviera la necesidad de preocuparme por ello, pero Jenny, en un ataque de alegría, incredulidad y complicidad, le dijo con suma determinación que su armario estaba disponible para mí por completo, incluyendo el cajón que contenía ropa interior nueva, de su último viaje por el centro comercial. Vamos, de entrada, no acepté, ¿quién en su sano juicio lo haría? Aquello no era como las películas melosas o las series televisivas donde la chica es tan boba que acepta todo sin cuestionar, no, su hermana y yo no teníamos ningún tipo de contacto, ¡ni siquiera cruzamos palabra antes! En cambio, Elías fue insistente, alegando que aquel acto de su hermana era honesto, que ella era cuidadosa con sus pertenencias y que si lo estaba ofreciendo fue porque mi persona se volvió... de gran valor para ella. En medio de ese debate, mi apuesto anfitrión confesó que nunca, nunca había llevado una mujer a la casa, de hecho, su vida sentimental era muy cerrada, ya que, según él, no se sentía a gusto con ninguna chica como para algo serio y no cruzaba la línea de la amistad. Al principio lo tomé a chiste, incluso llegué a hacerle bromas, pero permanecía serio. Entonces me entró pánico, ¿qué significado tenía yo para él? ¿Diversión, pasatiempo, algo... serio? No podía entrar en mi cabeza aquella última palabra, porque podía significar involucrar los nuevos sentimientos por ese hombre, sin conocer los suyos.

Azoté mi frente contra la puerta antes de salir de la habitación. Tenía demasiadas confusiones como para enumerarlas con los dedos. *¿Y si solo te dedicas a disfrutar de una buena vez?*, me pregunté con reproche. Era una alternativa, sin duda, aunque era un riesgo, no fuese yo a terminar como una chica boba más de las películas.

Con determinación salí de aquel cálido lugar, moviendo los dedos de mis pies dentro de las pantuflas moradas de Jenny. También traía puesta una de sus camisetas blancas con letras estampadas; decían “hablo poco, muerdo mucho”, y un pantalón corto de algodón, igualmente

morado. Sin duda, Jenny disfrutaba de su estilo. Crucé el largo pasillo y bajé las escaleras en silencio, como quien va a cometer algún delito. Me adentré en la cocina, esta vez sí, y serví un poco de jugo de naranja en un pequeño vaso de cristal que tomé de la alacena. Desde la cocina se podía ver parte del patio y aquel hermoso jardín.

—Convencerte fue difícil.

Di un salto al escuchar su voz, tan serena pero determinante. Giré para dar con su rostro y me derretí mentalmente ante su sonrisa mañanera.

—Eres una mujer muy difícil de convencer. —¿Lo dices por la ropa y todo el asunto? Vamos, ya hablamos de eso. Aún siento que... que estoy tomando cosas sin permiso.

—Pues prepárate, porque el día en que mi hermana te vea no querrá soltarte. Ya la imagino, arrastrándote para que la acompañes al cine, de compras, a la plaza, boh, casi siento envidia.

—¿Envidia? —Reí— ¿Por qué?

—Porque ella tiene un poder de convencimiento enorme, casi puedo jurar que hizo pacto con el diablo.

Terminé el jugo de un solo golpe, lo que iba a decir no fue del todo analizado:

—Entonces tendremos que poner a prueba el nivel de convencimiento entre tú y yo.

Lo reté con la mirada, sin ser consciente de mis actos. ¿En qué momento me convertí tan retante? ¿Cuándo pasó que disfrutaba de eso? Me arrepentí al instante en que lo vi venir, acercándose tan lento que casi estuve por soltar un jadeo de sorpresa, pero lo retuve con dificultad. Su calor traspasaba la tela, el olor que desprendía de su piel era hipnótico.

—Vayamos arriba, ahora.

Resistir iba a ser complicado. ¿Cómo negarme a su pausado y sensual pedido?

—No es justo —logré murmurar.

—Solo estoy demandando algo, Amelia.

—Pero estas muy cerca y así no puedo pensar bien.

—Entonces no lo hagas tanto.

Alzó su mano para dejarla caer lentamente por el contorno de mi rostro, pillándome por sorpresa. Por instinto me incliné hacia su mano, tal vez por el deseo de sentir su caricia más tiempo. Su otra mano rodeó mi cintura, lo supe por el calor que sentí al instante, mi capacidad para pensar se encontraba dispersa en múltiples sensaciones. Y entonces ocurrió:

—Muero por besarte —dijo cerca de mi boca—. Lo he deseado desde hace mucho.

—Hazlo. Yo también quiero.

—Ah, ¿sí?

—Sí.

—¿Segura? —Sonreía casi sobre mis labios, prolongando la tortura—No quiero que después digas que hice trampa.

—Sólo bésame ya.

Aquel reclamo de mi parte pareció encender lo poco que faltaba entre su decisión y la corta distancia. Sus carnosos labios fueron a parar sobre los míos y, al fin, pude conocer el sabor. Perdí la noción del tiempo mientras aquella boca tan gentil me besaba con ternura y dedicación. Dejaba ciertos mordiscos leves, volvía a besarme y cuando pensaba que se alejaría de mí, su lengua entraba tímida para encontrarse con la mía. Y yo lo recibí, con tantas ganas, con esas ganas retenidas, que me aferré aún más a su gran cuerpo. Algo estaba surgiendo desde los más íntimo, un deseo voraz, intenso.

Jadeos que iban y venían. Roces y caricias en distintas partes del cuerpo que ya ni era consciente. Mi trasero recibió el frío de las baldosas a través de la tela, sobre la isla de la cocina

y por instinto enrosqué las piernas en las caderas de Elías. Sus manos tocaban mi espalda, luego mis piernas y subían de nuevo hasta el cuello.

—Amelia —Su boca se detuvo sobre mi oreja y lo que dijo me arrancó un pequeño gemido—, eres un pedazo del cielo. Voy a parar. Tengo qué.

—¿Parar? ¡No! ¿Por qué?

—¿Realmente quieres saberlo? —Sonrió con su rostro ladeado. Entonces pegó su cuerpo al mío y entendí, en aquella posición, que el enorme bulto entre sus piernas lo estaba torturando. Me sonrojé al instante y sentí un violento calor por todo el cuerpo, rozando en el sofoco.

—Oh. Y-ya ve-veo. Parece que... —un poco de atrevimiento no iba mal a estas alturas, o quizá ya estaba demasiado encendida— parece que alguien más quiere unirse a la fiesta.

—Cada vez que haces eso me robas la razón.

—¿El qué?

—Por un instante pareces tan dulce e inocente, pero luego vas y te transformas en una mujer que incita a las pasiones más prohibidas, sin perder esa dulzura. Eres peligrosa, Amelia. Tendré más cuidado contigo.

—Espera, espera. ¿En qué momento me convertí en la culpable? —Reí.

—No, no lo eres. —Su mirada se tornó sombría—. Yo soy débil.

—¿Estás aceptando tu derrota? —Alcé la ceja izquierda y puse ambas manos sobre las baldosas, detrás de mi espalda, por lo que el panorama me resultaba aún más arrebatador: Elías estaba agitado, con el pelo alborotado y los labios un tanto rojos. Tal vez yo estaba igual.

Él pareció pensarlo un poco más y finalmente dijo:

—Por favor, ¿me acompañarías arriba para mostrarte algunas fotos? Sé que más de una te asombrará —estuve por responder, pero levantó un dedo para añadir—: Y no, no estoy aceptando nada. El juego apenas comienza, nena.

¡Y me guiñó el ojo! Llamarle nena a una mujer encendida y guiñarle el ojo debía ser considerado para una multa, pero una de las grandes. Con su ayuda bajé de la encimera y me arreglé con disimulo el cabello. Era mejor mantener silencio en lo que las revoluciones de mi pecho volvían a la normalidad, pero estaba segura que lo mismo le había provocado y ya estaba satisfecha por eso. Estábamos empatados.

Una vez en la segunda planta de la casa nos adentramos a la misma habitación donde espíamos a los vecinos, pero esta vez para mirar con detenimiento las fotografías que colgaban por todas partes. Me sorprendió darme cuenta que, a pesar del puesto y todo el trabajo, Elías nunca perdió su espacio para fotografiar. Todas las imágenes que allí estaban eran de su autoría, y mostraban su manera de ver la vida. En cada imagen capturada había historia, sentido, incluso en las que parecías ver algo siniestro, como el mendigo delgado y sin cabello que caminaba por el callejón solitario en busca de pan.

—Él nunca se dio cuenta.

—¿Ah? —Su voz me sacó de la burbuja.

—El mendigo. Nunca se dio cuenta que yo estaba ahí.

—Pero sentiste miedo por un instante.

—¿Cómo estás tan segura?

—Porque esta es la misma inclinación que uso cuando siento miedo —le señalé la inclinación que había en la fotografía, producto de la forma en la que tomó su cámara. Era algo leve, pero no pasaba por alto ante mis ojos.

—Entonces... tenemos otro punto en común.

—¿Otro?

—Claro. Ya luego te irás dando cuenta. —Y sonrío.

Continuamos observando pilas y pilas de fotografías, sin cansarme, porque cada una de ellas me resultaba hermosa a su manera. En cierto momento me quedé sola y al rato mi anfitrión regresó con una enorme caja de pizza y dos vasos de refresco. Bien, entonces él también se daba su pase de comida chatarra.

—Creo que un sábado a medio día amerita esto. Además, no le digas a nadie, pero de vez en cuando muero por un pedazo de pizza con pepperoni y extra de queso y me escabullo al local de Henry. Un día de estos iremos, son las mejores pizzas.

Le aseguré que de mi boca no saldría nada, ni eso ni lo otro ni nada de lo ocurrido entre los dos. Tal vez me hacía sentir cómplice de algo, pero de todas formas aquello era íntimo, lo que ocurría entre Elías y yo era solo para mí y los demás que se murieran por saberlo. Porque medio planeta ya estaba deseando saber a ciencia cierta qué rayos era lo que pasaba en la casa de Elías, lo pude comprobar por mi móvil, que sobrepasaba las 127 llamadas y los mensajes de texto sumaban más de dos mil en la aplicación Whastapp. A mis padres les dejé un simple “Todo está bien, hablamos luego” y ellos parecieron entender, en especial mi madre, quien me envió una carita de guiño.

Sin preocuparnos por el tiempo, Elías fue mostrando la multitud de imágenes que había sacado en los últimos años. Entonces, a medio atardecer, su propuesta llegó como quien espera paciente la llegada de la navidad.

—Amelia, ¿qué te parece si te hago algunas fotografías?

—¿Qué? No. No me siento presentable.

—Presentab... —dejó las letras en el aire— Pero, ¿qué dices? Estas perfecta así.

No me consideraba para nada perfecta. Como la tarde había caído de prisa, así mismo la temperatura fue descendiendo, por lo que me había puesto medias de lana gruesa que me llegaban poco más debajo de la rodilla y usaba un abrigo negro. No me veía para nada atractiva.

—Me siento como un oso polar, Elías. No me hagas ver así por el resto de vida.

—No seas boba, venga.

No supe en qué momento ni de dónde, pero Elías ya tenía en sus manos una lujosa cámara *Cannon*, con un modesto lente focal. Me tomó por sorpresa, mientras miraba otra de sus fotografías. Si bien fue cierto que descubrí cosas ahí sin la necesidad de hablar, también supe de su boca que algunas de esas fotos las pensaba quemar, porque le recordaba una parte oscura de su vida que no deseaba recordar. Ese tema me lo guardé para otro momento, tal vez para cuando sintiéramos la plena confianza y él estuviera a gusto para mencionarlo.

Un segundo flash me sacó del ensueño. Giré la vista y lo vi, sonriendo tras la cámara.

—¡Oye, esto no fue lo que acordamos!

—Lo siento. Me declaro culpable —continuaba sacando fotos—, ¿qué hará al respecto mi invitada?

—Tu invitada te perseguirá por toda la casa si es necesario hasta que pares.

—Ah, ¿sí? ¿Es un reto?

—Es un reto.

—Acepto, quiero ver como mi invitada me persigue hasta que pare.

Sus palabras fueron acompañadas por los múltiples sonidos de la cámara y risas al otro lado. Aquello se convirtió en un hecho: comencé a perseguirlo, sin prisa, porque una parte de mí disfrutaba de la libertad que sentía al estar junto a Elías. Él iba de espaldas por toda la habitación, salimos al pasillo entre risas y discusiones, luego abrió la puerta de la habitación donde dormía y cayó de espaldas en la cama.

—Ven, sube conmigo.

—No. Estás loco.

—Vamos, nena. No me hagas ir por ti.

Se me ocurrió que quizá... Me acerqué con suma lentitud, fui deslizando el abrigo negro hasta dejarlo caer al suelo y sonreí al escuchar a Elías murmurar algo inentendible. Me quité la camisa en un acto de locura y me subí sobre él, con las piernas a cada costado.

—Joder, no te muevas. Te ves... preciosa. Quédate así.

—¿Así? —Me incliné un poco hacia el frente, con mis manos sobre su torso, por lo que mis pechos quedaban firmes dentro del sostén.

Su mentón quedó tenso, las venas en sus brazos se hicieron notorias y su respiración aumentó de ritmo. Traía mi cabello suelto, por lo que varios mechones rozaban la cámara. Vi que una de sus manos descendió hasta mi cadera y fue trazando camino hasta llegar al muslo, donde sus dedos se metieron bajo el pantalón corto sin permiso. Su tacto ardía sobre mi piel, como quien pone las manos al fuego en busca de calor y disfruta lo que se siente. Sus dedos subían y bajaban con delicadeza, esperando alguna reacción de mi parte. Yo contenía las palabras, pero dejaba escapar algunos jadeos sutiles, y lo disfrutaba, más aún sentí placer cuando aquel bulto de Elías se hizo más evidente. Enloquecí y llegué al borde de perder la razón, porque su erección estaba justo entre mis piernas, bajo la fina tela de las bragas y el pantalón corto.

—Cierra los ojos e inclina un poco tu cabeza hacia atrás.

Hice lo que pidió, escuché tres clics, y entonces se me ocurrió la grandiosa idea. De un salto me levanté y salí despavorida de aquel lugar, corrí por el pasillo siendo consciente de las risas y demandas de Elías, pero no le hice caso, abrí la puerta contigua y me detuve en seco con lo que vi: era la fotografía que escogieron como portada para la temporada erótica, la que yo hice, la de la chica con la venda en los ojos. El único detalle era que la foto estaba enmarcada a mayor escala, tan grande que ocupaba casi toda una pared por encima de la cabecera de la cama. Me sentí violentamente expuesta, porque, aunque esa no era yo, evidente era mi deseo reflejado ahí. Entonces recordé la carta de Elías y supe que estaba en su habitación. Ahogué un grito de pena por la manera de invadir su privacidad y giré sobre mis pies para salir de allí.

—Es tu fotografía.

Me estampé con el torso de Elías, quien seguramente estaba mirándome desde antes allí. Lo miré avergonzada, pero él me sonreía con algo más lejos que la ternura.

—Cuánto lo siento, no era mi intención entrar así sin más y...

—Sshh, de todas formas, iba a obligarte a entrar en mi habitación.

—¿Ah? —Su franqueza me hizo sonreír— ¿Y cómo esperabas hacerlo?

—No voy a revelar mis trucos, pero las nalgadas iban incluidas en el plan.

—¿Nalgadas? No soy una niña, Elías —comencé a dar pasos atrás, adentrándome en la habitación.

—De eso no hay duda, pero te has portado como una al querer escapar de mí. Es por eso que haremos algo ahora.

—¿Qué?

—Será divertido. Solo hay una regla que me aseguraré se cumpla: no mirar hasta que yo decida.

Iba a protestar, pero de pronto Elías me dio la espalda para perderse en el ropero que daba a mi costado izquierdo y buscar algo en los cajones. No podía prestarle atención a nada más, solo a ese gran cuerpo que amenazaba con trastocar mi alma para el resto de mi vida. ¿En qué momento estaba disfrutando de todo? ¿Desde cuándo me gustaba lo que hacía, sin importarme los pasos a

seguir del manual “Cómo ser una persona educada”? Yo no estaba siendo coherente para nada, ¿o sí?

—No te pierdas tanto en los pensamientos, Amelia.

Fijé la vista y ahí estaba él, sosteniendo un listón en su mano, con la cámara colgando en su cuello gracias a la enorme banda negra. Ese hombre tenía una capacidad fascinante para leerme el rostro y saber lo que cruzaba por mi mente. No me detuve a entender el cómo.

—Voy a ponerte esto —me mostró el listón—. ¿Confías?

¿Confiaba en él? ¿Realmente lo hacía? Mordí fugazmente mis labios porque ya sabía la respuesta.

—Sí —mi decidida respuesta hizo que Elías ahogara un ronco sonido y sonriera con sutileza.

—Dulce Amelia, siéntate al borde de la cama, por favor.

Hice lo que pidió sin dejar de mirarlo porque sería la última vez por sabrá Dios cuanto tiempo. Podía escuchar mi corazón desbocado, incluso el propio aire que entraba a mis labios. Dejé que Elías acomodara el listón sobre mis ojos hasta solo ver oscuridad. Entonces mi piel se hizo más receptiva, los oídos se volvieron como dos enormes conos y el ligero temblor volvió a aparecer en todo el cuerpo. Mis manos se aferraron al borde de la cama.

—Maravillosa —le escuché susurrar—. Levántate, no tengas miedo, yo te ayudo.

—No te rías de mí, nunca he estado así.

—Jamás me reiría de esto, Amelia. Ahora lo que estoy es duro por tu culpa. Espero que te haya quedado claro mi estado.

Tuve que contraer la boca con tal de no dejar escapar ningún sonido. Más que clara me quedó esa información. Estaba de pie, a la expectativa, cuando sentí la mano de Elías llevándome a algún lugar de su habitación.

—Estás en medio del armario. Tienes pantalones a tu izquierda y camisas de botón a tu derecha. Las chaquetas están atrás de ti y ahora mismo estoy de frente a ti, con la cámara en mano. ¿Qué harías si tuvieras que escoger una prenda?

—Creo que... una camisa de botones vendría bien. Pero no se ve bonita si me quedo con el pantalón.

Era consciente de mis actos, aun con el estado gravitacional que experimentaba. Tomé la primera camisa a mi derecha, la saqué con agilidad del gancho y quité los botones para entrar en ella. Luego, con una sonrisa al imaginar a Elías, me quité los pantalones cortos.

—Con un dem... —lo escuché gruñir—. Tienes unas piernas hermosas. Acércate un poco, levanta un pie y déjalo en el aire por varios segundos.

Varios clics.

—Eso es, ahora levanta los brazos y une tus manos sobre la cabeza.

Otros clics.

—Date la vuelta y deja caer la camisa hasta poco más debajo de la cintura.

Un solo clic.

—¿Elías? —No hubo respuesta inmediata. Entonces sentí su cuerpo íntimamente pegado al mío.

—No quiero que pienses en nada, solo déjate llevar por las sensaciones, por todas. Estas fotos estarán seguras conmigo y luego tú y yo las veremos juntos.

—¿Las añadirás a algún book?

—Solo las que tú quieras. Eres mi modelo, tú eliges qué hacer.

Un pensamiento morboso cobró vida dentro de mí.

—Haré algo, pero no preguntes. Solo tomas la foto y listo.

—Tú mandas, Amelia.

Me quité la camisa de botones y la dejé sobre el suelo. Luego, con lentitud, quité las hebillas del sostén y también lo dejé caer al suelo, escuchando con atención el suave gemido de Elías. Yo permanecía de espaldas a él, de frente a las chaquetas, así que caminé hacia ellas, tocando el panorama para no tropezar. Sentí, para mi suerte, que justo bajo las chaquetas estaban los cajones, lo que me permitía hacer eso que buscaba. Me apoyé sobre la superficie dura y di un corto salto, quedando de la cintura hacia arriba metida entre la ropa y desde mi trasero hacia abajo completamente expuesta. Crucé las piernas y escuché varios clics, junto con algunos comentarios y lamentos lejanos. Descubrí, por error y para mi suerte, que los cajones tenían una pequeña abertura en medio que servía para meter los dedos y abrirlos, y eso me sirvió para meter allí la punta del pie, de forma tal que, con los pies separados, parecía estar flotando sobre los cajones. Otros clics.

—Vuelve a doblarte encima de los cajones, por favor.

Hice lo que pidió y de inmediato sentí el abdomen de Elías justo sobre mi trasero. Bajé de la abertura de los cajones y quedé sobre el suelo, sintiendo, a ese nivel, su inevitable erección.

—¿Sabes por qué lo sientes así? —supe a lo que hacía referencia.

—¿Por qué?

—Porque te deseo.

—Elías... —Levanté las caderas en respuesta.

—Quédate así —otro clic—. Voy a tomarte del cabello, ¿sí?

—Vale.

Y lo hizo, tomó mi cabello hasta enroscarlo en su mano y tiró suavemente hacia atrás. En aquella posición, metidos entre las chaquetas, la imagen debía ser muy tentadora. Escuché varios clics y luego, sin previo aviso, soltó mi cabello y azotó mis nalgas. Aquel acto arrancó un grito de sorpresa y una contracción en mi vientre. Llevé ambas manos hacia mi espalda y él las capturó con una suya para dejarlas quietas.

—Las nalgadas te las debía.

—¡No pensé que lo harías en serio! —Reía y gimoteaba bajo su cuerpo.

—Soy un hombre serio. —Con su mano libre me levantó, sentí el frío rozar mis pezones y algo parecido a la vergüenza cruzó por mi cuerpo—. Eres hermosa, nena. No tengas miedo, déjate llevar.

Su boca se detuvo en mi cuello para besarlo, con él a mi espalda. Aun sostenía la cámara y era consciente de los clics fugaces que se escuchaban de vez en cuando. Sentí el roce de su mano libre subir por mi estómago, un poco más arriba entre mis pechos hasta detenerse en mi cuello. Dejé caer la cabeza hacia atrás y el apretó suavemente, nos tomó una foto como pudo, calculando sin exactitud para capturar la imagen de su mano sobre mi cuello y su boca sobre mi oreja. Estaba tan erotizada que no pude controlar mis instintos, tras escuchar ese último aviso de la foto tomada di media vuelta y busqué sus labios. Él ayudó en la búsqueda y no ocultó su deseo, mostrando también la necesidad que aguardaba por ser saciada.

—Amelia —Respiraba con dificultad—, no pienses que te traje aquí para...

—Sshh, no digas nada. Me gustas desde hace mucho, mucho tiempo. Había fantaseado con la posibilidad de estar cerca de ti y ahora... estoy casi desnuda frente a Elías Coll, mi jefe, sin ver un diantre lo que pasa a mi alrededor —me eché a reír nerviosa—. Todo esto es más que suficiente.

—Oh, no. Esto no es más que suficiente. Me acabas de hacer feliz, dulce Amy —¡me puso un apodo! Aquello ciertamente debía ser bueno—. Esto es una excelente noticia, hay que celebrarlo.

—¿Sí?, ¿por qué?

—Eso te lo diré luego del beso y las otras posturas que quiero que pruebes.

—¿Posturas?, ¿cuáles otras?

Su mano me llevó hasta la cama, donde me hizo sentar al borde. Allí, con las manos cubriendo mis pechos, separé un poco las piernas, erguí mi espalda y levanté la cabeza.

—Muestra los pezones, nena. Déjame ver tus pechos.

No pude resistir su pedido, después de todo, deseaba que tarde o temprano acabara desnuda y bajo otras condiciones. Aferré mis manos a las rodillas, levanté la punta de los pies, abrí un poco los labios. Dos clics. Dejé caer mi cuerpo hacia atrás, la punta de mis pies la dejé sobre el borde y levanté las caderas todo lo que pude, con los brazos sobre mi cabeza. Tres clics. Creo haber realizado unas 10 posturas o más. Todas fueron aventuras y horizontes superados, especialmente la última imagen: quedé de pie bajo el marco de la puerta del baño, solo con las medias. Sí, sin nada más que las medias, con los brazos estirados hacia arriba y las piernas cruzadas. Estaba en el baño privado de la habitación de Elías y aquel lugar olía a hombre por todas partes, por lo que me costó trabajo centrarme para no caer derretida y decir que sí a todo. Como no podía ver, le pedí a Elías que me ayudara a conseguir el lavabo y echarme algo de agua en el cuello.

—¿Tienes calor?

—Sí, mucha.

—Estás sudando, todo tu cuerpo brilla y no tienes idea de lo hermosa que te ves.

—Elías, estoy desnuda frente a un hombre al que no puedo ver y solo llevo un par de medias. Creo que es razón suficiente para estar acalorada.

—Tienes razón. ¿Qué te parece si entonces nos duchamos juntos? —Sentí como rozaba mi oreja para añadir—: Antes déjame darte algo.

No recuerdo haber respondido, solo quedarme quieta ante la expectativa. De pronto sentí un suave siseo frente a mi sexo y supe lo que era. Fui a bajar las manos con la ansiedad de alguien que nunca ha experimentado tal cosa, pero él me detuvo.

—A mí no me han...

—Entonces seré el primero y no querrás que me detenga. Déjame ofrecértelo, prometo parar si no lo disfrutas.

No dije nada, por lo que él entendió mi silencio como un sí. Tal vez era domingo, quizá seguía siendo sábado, pero la lengua que jugaba entre los pliegues de mi sexo sabía a paraíso, a éxtasis y placer pleno. Si bien era cierto que nunca antes sentí el gusto del sexo oral, ya a esas alturas podía asegurar que deseaba volver a sentir aquella cálida y húmeda lengua más de una vez. Escuchaba los sonidos que salían de Elías y solo provocaban que me humedeciera aún más, también los sonidos de su lengua mientras la movía de arriba hacia abajo, adentro y afuera como si estuviera degustando del mejor postre. El morbo fue tan intenso, el placer fue tan violento que bajé las manos hasta su cabeza para retenerlo allí un poco más.

—Agarra.

—¡Oh, rayos...! ¿Qué d-dices?

—Agárrate al borde.

Me agarré al borde de la superficie, por suerte descubrí que el lavabo estaba empotrado en una encimera pulida y sentí que me levantaban hasta quedar sentada al filo. Elías abrió mis piernas con poca delicadeza y volvió a meter la lengua tan salvaje y sin restricción que acabé gimoteando y aclamando cosas sin sentido. ¿Cómo pude estar tan lejana de semejante placer? Grité su nombre un par de veces, sentí ese orgasmo que comenzaba a formarse, ya había escuchado yo en algún lugar que se podía tener un orgasmo así, provocado solo por la lengua y los labios de la pareja.

Lo comprobé minutos más tarde, cuando perdí la razón y convulsioné corta y casi dolorosamente frente al rostro de Elías. Aquel acto, tan íntimo, tan cercano, hizo que estuviera a punto del derrumbe físico.

—Has estado gloriosa. Ven aquí.

Con agilidad sus dedos llegaron hasta el nudo del listón en mis ojos para retirarlo y fui receptiva a la tenue luz del baño. Parpadeé pocas veces y vi, de manera borrosa, cómo volvía a erguirse para abrazarme, acto que mi cuerpo agradeció por estar tan débil. Me dejé acariciar mientras escuchaba sus palabras lejanas, me pareció entender algo como “*te llevaré a la cama*”. Quise decirle lo bien que me sentía, también abogar por su placer y hacerle justicia a la erección que seguramente debía doler, pero mi mente estaba muy lejos, mis huesos debieron ser remplazados por gelatina. Sus brazos se metieron con facilidad por debajo de mi torso y las piernas para cargarme, el camino hacia la cama se me hizo increíblemente corto, aun así, no me detuve a protestar. Lo último de lo que fui consciente fue la tibia frisa que se encargaba de calentar mi cuerpo y una sonrisa que me recordaba el causante de mi estado.

DOMINGO

Me estiré hasta que los huesos tronaron, poco me faltó para que pareciera un gato. Restregué mis ojos un par de veces y entonces los abrí con fuerza al recordar. Todo recuerdo vino a mí con rapidez y di un brinco para caer sentada sobre la cama. Ah, pero esa no era cualquier cama, estaba en la de Elías y lo supe de inmediato. Tapé mi boca por instinto para ocultar una sonrisita infantil, mezclada con la sorpresa y el ligero temblor en mi cuerpo se instaló sin evitarlo. Lo que hice ayer, lo que hicimos ayer fue... No encontraba palabras para describir aquello. Claro que recordaba todo, en especial ese final que acabó con mi fuerza, tanto física como mental. El rubor violento cubrió mi rostro, ¿cómo lo pude permitir? Y Elías, a él lo dejé sin llegar al... Cubrí mi rostro por completo y lo froté un par de veces, incluyendo el cabello, que estaba alborotado. Sentí vergüenza, no lo iba a negar, pero también estaba con esa chispa dentro del pecho que bailaba de felicidad.

Observé mi alrededor, aquella habitación mostraba la intimidad de Elías en su máxima expresión. Con la ligera sabana color chocolate cubrí mi pecho y, pasando lentamente la vista, descubrí una pequeña repisa con libros, discos y algunas hojas sueltas en una esquina, tallada con curvas interesantes. También vi que se escondía algo parecido a una guitarra, justo al lado de los cajones del armario, que estaba a puertas abiertas. ¿Elías tocaba un instrumento musical?, se lo preguntaría más adelante. Pude apreciar un hermoso paisaje divididos en tres cuadros justo al lado de la puerta, era tan realista que el autor debió estar justo en frente. Volví a caer de espaldas en la cama y, como si volviera a ser una adolescente, me aferré a las sábanas y las almohadas mientras sonreía bobamente. «*Esto es un sueño, un dulce sueño*», pensé en voz alta.

Con el cuerpo acostado de lado vi una nota sobre la mesita de noche, justo bajo la lámpara con figura de árbol. La tomé por el simple presentimiento de que era para mí.

“Dulce Amelia:

Salí temprano para correr un poco. Cuando llegué te encontré dormida aún y decidí salir a buscar algo en la panadería de un amigo. Cuando despiertes, si no me ves a tu lado, quiero que vayas hasta el patio, te espero con el almuerzo listo.

*Ansioso por volver a probar tus labios,
Elías”.*

Volví a leer aquella nota, asegurándome de entender bien. ¿A qué se refería con almuerzo? ¿Qué hora era? Instintivamente miré hacia las pequeñas ventanas a dos hojas que permanecían cerradas. El sol estaba en lo alto y corrí la vista en busca de algún reloj. Sentí un frío correr por

mi espalda cuando vi los números del reloj digital ubicado sobre la otra mesita de noche: era casi la una de la tarde. Como un ninja bajé de la cama, arrojada con la sábana porque lo único que seguía llevando puesto eran las medias. De nuevo el calor cubrió mi rostro, debía salir a buscar algo en la otra habitación, pero el pasillo era un poco extenso, ¿y si alguien me pillaba así? Opté por meterme en el armario, sacar una camisa decente y... bueno, no iba a usar un calzoncillo porque eso ya sería demasiado. Ni modo, me enfundé en la camisa juvenil de cuadros y botones, con mangas hasta los codos, solo que a mí me quedaba mucho más grande, así que las enrollé un poco más. Para mi tranquilidad mental, el borde me cubría a la perfección las partes íntimas y eso era lo único que necesitaba para salir con decencia.

Asomé la cabeza antes de salir, pero me detuve a causa de un lejano murmullo. Alguien hablaba y otra persona respondía. Sentí pavor, ¿y si era la hermana?, ¿su madre?, ¿un buen amigo? No quería ser vista de esta manera porque era demasiado obvio lo que estuvimos haciendo. Comencé a dar pasos con la mayor lentitud posible, gracias al cielo que el suelo no crujía porque entonces me delataría yo sola. Me detuve al inicio de las escaleras, solo por pura curiosidad, olvidando que la habitación de visitas estaba cerca y pude entrar para cambiarme, pero la intriga me superaba.

—Ella está bien, no hubo mayores problemas aparte del sujeto ese que quiso acercársele más —la voz masculina sonaba irritante, entonces bien podía ser algún compañero o amigo.

—Le dejaste claro que no quiere saber de él, ¿cierto?

—Sí, pero es muy insistente y dijo que, si no le permitía hablar con Jenny, él mismo buscaría la forma de hablar contigo.

—Vaya...

Las voces de los hombres comenzaron a moverse al interior de la casa, por lo que retrocedí varios pasos y me oculté, ridículamente, tras la pared del pasillo. No estaba segura de ser vista o no.

—Dile que me llame a la noche, por ahora estoy acompañado y no quiero interrupción.

—Oh, ella lo sospecha. Y sabes, es tu hermana y te conoce mejor que nadie.

—Gracias, Yusuf.

Me puse de puntas y vi el apretón de manos que se dieron, desde mi posición solo alcanzaba a ver parte de sus cuerpos y la zona del salón. Recordé el nombre de Yusuf por la conversación que tuvo Elías con su hermana el viernes, cuando le dijo que la llevara a su apartamento. Por lo poco que alcancé a ver, este Yusuf era un hombre poco más adulto de Elías, a juzgar por las canas esparcidas en lo alto de su cabello, pero no pude ver más porque abandonó la casa en un santiamén.

—¡Ya puedes bajar, Amelia!

Ahugué un grito y me quedé helada. ¿Elías sabía que estaba allí, espiando? Oh, vamos, ¿qué clase de hombre era este? ¿En qué estuvo trabajando antes?

—Oye, nena, si no bajas te iré a buscar.

—¡No estoy presentable! —alcé la voz e instintivamente bajé el borde de la camisa, como si con eso pudiera alargarla. ¡No tenía nada debajo, por Dios!

—Siempre lo estás, vamos. Además... sé muy bien lo que tienes puesto, será divertido, venga. No voy a morderte.

Ah, pero tal vez yo si lo quería...

Asomé la cabeza por las escaleras y entonces lo vi mejor. Allí estaba, con un atuendo de lo más fresco, pantalones cortos colgando de sus caderas, camiseta azul marino y descalzo, ¡descalzo! Su expresión se iluminó de alegría en cuanto me vio pisar los primeros escalones. Era

domingo, no había razón por la que alguien más estuviera en la casa, así que... ¿qué perdía con ir a ese encuentro bajo las condiciones en las que estaba? Varias cosas podrían pasar, uno: que el viento se metiera bajo la camisa y dejara ver toda mi intimidad en pleno patio, dos: que luego de la comida acabara yo sobre una mesa y a piernas abiertas para tener con Elías eso que no pudo ser la noche antes y por Dios que lo deseaba, y tres: saltarnos todo el protocolo de las buenas tardes y comernos “aquí y ahora”.

Cualquier cosa que pasara sería bienvenida, y, ¿cómo no? Debería estar saltando de felicidad, anunciándoles a todos, con bombos y platillos, mi acalorada estancia con el presidente de Sentidos y, a mis más cercanos, decirles lo bien que mueve su lengua solo para que se revuelquen de la envidia, pero esa no sería yo, nunca lo he sido y no voy a cambiar por mas alucinante que estaba resultando ser todo esto.

—Ven aquí, Amelia. —No me di cuenta que ya estaba al final de las escaleras y Elías me tendía su mano, la que acepté con una media sonrisa—. Eres una dormilona —reí ante aquel comentario.

—En realidad, es rara la vez que duermo tanto.

—Eso es... —Se acercó a mi oreja de manera peligrosa— porque sucumbiste al placer que te di. Me siento satisfecho.

—Elías, por favor, todo el viento se está colando por la camisa y tú solo haces que me ponga más nerviosa.

—Eso es que sigues sensible y es buena señal. Pero lo resolveremos luego.

Y se alejó de mi oído como si fuera la cosa más sencilla de hacer, dejándome tan removida y sin pensamientos coherentes.

La nota que leí antes cobró sentido justo después, cuando Elías me llevó de la mano hasta el patio. Allí, entre el pintoresco jardín de flores amarillas, rosas, purpuras y blancas, estaba una pequeña mesa redonda en medio, con dos platos cubiertos y una enorme jarra de jugo que, más adelante, descubrí era carambola, una fruta exótica. No pude negar que mi estómago rugía, así que, cuando me senté a la mesa y le di las gracias al anfitrión por todo el detalle y la atención, comí desesperadamente. Bendito Dios por los cubiertos y las servilletas.

—Elías —aún terminaba el jugo—, gracias por todo. Ha sido maravilloso.

—Suenas a despedida. ¿Ya te quieres ir? —Una sombra de preocupación apareció momentáneamente por su rostro, pero luego se disipó cuando le dije:

—¡No!, o sea, e-es solo que estoy agradecida. Has sido muy atento y me has permitido conocer más de ti, tus fotografías, tu espacio personal.

—Mira, desde el momento en que cruzaste por la puerta de mi oficina para la entrevista supe que eras especial, y lo eres. Tienes esa cualidad de observarlo todo en silencio, sin alarmes, te detienes en los detalles que otros, probablemente, no ven. Piensas y piensas sin exclamarlo, te refugias del mundo en las cosas que te hacen feliz y eso me recuerda a mí mismo, antes de ser presidente.

Mi cara de sorpresa debía estar ahí, pero no dije nada y me limité a escucharlo.

—Ahora debo dirigir un gran personal, participar de entrevistas, dar charlas, estar frente a las cámaras, estar consciente día tras día que cada paso que dé frente al público es uno que será recordado por buen tiempo. Entonces te vi, y vi esa parte que perdí. No me quejo, ¿sabes?, me gusta, me encanta mi trabajo, pero esa... humanidad, esa esencia que llevas ha hecho que me vuelva loco por ti, porque estoy solo, Amelia, y no quiero estarlo más. Deseo alguien a mi lado que pueda darme un poco de esa paz e intimidad, y yo darle un poco de las múltiples aventuras que se pueden encontrar por el mundo, con la plena certeza que somos las piezas correctas.

Tenía los ojos bien abiertos ante aquella confesión, tal vez mi boca también lo estaba, pero no podía controlar nada. Este hombre acababa de soltar palabras mayores, de las gordas, de las que te planteas cuando estas a punto de tomar la decisión más importante de toda la vida porque sabes lo implícito de ellas. No supe que decir. Recordaba con exactitud aquel día cuando crucé palabra con él por primera vez, para la entrevista y recordé su mirada penetrante, el interés de que permaneciera un poco más sentada frente a él pero que, por cuestión de cordialidad y respeto, yo misma decidí levantarme y estrechar la mano. Y luego aquel día, con la carta que me entregó en medio de mis compañeros, tenía la misma mirada, la misma ansiedad contenida. ¿Tan ciega fui para no darme cuenta que quizá este hombre pudo fijarse en mí antes?

Con la sangre corriendo a tope y mi corazón a punto de salir, me puse de pie, él también lo hizo, como si esperara alguna reacción de mi parte. Yo no sabía qué hacer, si echarme a reír, salir corriendo, decirle lo mucho que lo había observado y las noches que pasé pensando en sus labios, pero de algo estaba segura, solo de una cosa: iba a besarlo.

—Por favor, dime lo que piensas, ahora soy yo el que está nervioso y...

Acorté la poca distancia y estampé mis labios sobre los suyos, llevando mis brazos a su espalda. No hubo espera de ninguna clase, Elías respondió al beso entrando su lengua con desesperación mientras me apretaba aún más a su cuerpo. Su respiración se volvió tan parte de mí como la mía para él y llegué a sentir el ardor en los labios por la fuerza de aquel beso. Enredé mis dedos en su cabello y me alzó de improvisto sobre la mesa, solo entonces recordé que no llevaba bragas por el frío directo en mis nalgas.

—¿Sabes? —Su aliento rozaba en mi oreja, erizándome la piel con aquella voz ronca— Ahora, probablemente somos nosotros quienes seamos observados.

Elías tenía su cuerpo entre mis piernas y yo me aferraba a su cuello. ¿En qué momento pasó? No importaba, la adrenalina estaba divirtiéndose conmigo y seguramente con él también.

—Si deslizo mi mano sobre tu muslo, sé que no encontraré impedimento para comprobar la humedad que puedes tener y si lo compruebo... me veré tentado a profanar tu cuerpo aquí mismo.

Pasé saliva por mi garganta de manera abrupta. ¿Realmente quería eso? ¿Quería tener sexo fuera de la casa y con posibles espectadores? La idea resultaba demasiado perversa y tenía la mente nublada como para ciertos juicios de decoro, pero cuando su mano comenzó a subir y alcanzó el punto exacto donde toda mujer se pierde...

—Vayamos arriba —me dijo con voz ansiosa tras una larga pausa—, ¿sí?

—Sí.

Aquella afirmación me sorprendió a mí misma, también a él, quien, con lentitud, retiró su mano para luego ayudarme a bajar. En ningún momento soltó el agarre de nuestros dedos entrelazados. Cruzamos el pasillo de la planta baja en silencio, subimos las escaleras mirándonos de vez en cuando, como si lográsemos decirnos muchas cosas, porque el deseo se siente mejor cuando se disfruta en silencio, con las miradas conectadas.

Dentro de la habitación la calidez se hizo palpable, o tal vez eran nuestros cuerpos, ansiosos por fundirse en un solo baile. Me quedé inmóvil frente a la cama, observándola, ahí estaba mi futuro recuerdo eterno de lo que estaba a punto de hacer con Elías, ese hombre que durante muchas noches fue protagonista de mis deseos, pero a quien no lograba mirarle el rostro.

Escuché la puerta cerrarse con seguro y me giré para encararlo.

—Cada vez que entres aquí, quiero que olvides el exterior, nada más existe, solo nosotros y lo que hagamos. No hay cosas buenas o malas, todo está permitido si lo deseamos. ¿Entiendes a lo que me refiero?

¿Lo entendía, sabía realmente el significado de aquello?

—Sí. Suena muy perverso.

—Lo perverso tiene distintos colores, Amelia. Una de esas perversiones es verte desnuda, sobre mi cama y con los ojos vendados.

—No me opongo a eso, pero esta vez quiero verte.

Elías sonrió de lado, observándome con dulzura.

—Entonces a ti también te gusta la regla de no mirar.

—Tal vez comienza a gustarme más de lo pensado.

Su gran cuerpo avanzó hasta mí, su figura parecía la de un animal al acecho, calculando los próximos pasos. Una mano llegó hasta mi rostro, dejó una suave caricia y con su pulgar marcó el borde de mis labios para luego meterlo en mi boca. Introdujo el dedo un poco más, luego lo sacó y volvió a meterlo, marcando un ritmo seductor. Solté un gemido y casi me descompuse cuando su otra mano reposó en el centro de mis nalgas para comenzar un roce íntimo. Cerré los ojos porque no podía contener tanto deseo.

—Ver tus pezones duros y el pecho inquieto es una de las imágenes más intensas y exquisitas que he visto —susurró junto a mi oído—. Te rompería la camisa en dos, pero perdería la oportunidad de tocar todo tu cuerpo despacio.

Estaba casi sostenida por él, así que me dejé hacer cuando comenzó a desabotonarme la camisa, dejando mis labios vacíos y un rastro de besos en varios rincones. Nunca me había sentido tan erotizada y este hombre me iba a llevar a la locura del deseo sin medir consecuencias. No quise enrollarme con mis cavilaciones y mucho menos pensar en lo que sucedería mañana, porque, le daría la bienvenida al lunes y tendría que aparentar que todo fue solo un pasadía, ¿o no?

Para cuando me di cuenta, mis pies ya no estaban cubiertos, de hecho, estaba totalmente desnuda sobre la cama de Elías. Con la mirada atenta y el pecho acelerado, vi su camisa perderse por el piso, luego, con lentitud y de pie junto a la cama, fue deslizando su pantalón corto junto a los calzones. Entonces lo vi, en su naturalidad, y todo ese hombre era para infartar. Descubrí una cicatriz poco más abajo del abdomen, debía ser de muchos años atrás, también vi un pequeño lunar muy oscuro cerca de su pene, en la base. Me sonrojé con violencia al darme cuenta de cuán intensa debía ser mi mirada allí, porque aquel falo estaba más despierto que el amanecer.

Elías se echó a reír.

—Son solo dieciocho.

—¿Dieciocho qué? —Él lo agarró con fuerza y luego dejó una caricia en toda la extensión, entonces comprendí y casi sufro de un fallo cardíaco— En serio te lo has...

No pude continuar, estaba en extremo sofocada. Mis palabras sin terminar fueron compensadas con el peso de su cuerpo sobre mí y un beso que ambos procuramos extender. Sus piernas abrieron las mías para tener espacio, ese espacio de lo que pronto sentiría en mi interior.

—Amelia, preciosa, realmente no creí que esto fuera a pasar y ahora estas aquí, bajo mi cuerpo. —Dejó un beso casto sobre mis labios mientras acariciaba mi rostro—. No puedo pedir más.

—Y yo jamás pensé que mi jefe fuera a follarme. —Sonreí con cierta malicia y vi en sus ojos el brillo de algo peligroso.

—Follarte es solo el comienzo de lo que quiero hacer contigo.

Y entonces lo sentí, el paso de un gran mazo abriendo mi interior con delicadeza. Elías apoyaba sus codos en la cama para no derrumbarse sobre mí, pero mis manos sobre su espalda le pedían esa fuerza. Casi perdí la razón cuando, por fin, estuvo completamente dentro y solté un grito de éxtasis que sondeó por toda la habitación. Nos miramos fijamente, su frente estaba

perlada, mis labios temblaban al igual que él, pero sonreímos, nos besamos y comenzamos aquel vaivén de dos cuerpos que intentan hacerse uno.

No recuerdo haber disfrutado tanto del sexo como esa tarde, liberé todos mis placeres, fuimos salvajes, tiernos, rudos y pausados, como si nuestros cuerpos estuvieran hechos a la finura para el disfrute completo. En una ocasión le escuché decir "*quiero esto para siempre contigo*", y mi respuesta fue la misma para él, porque realmente lo deseaba. Hablar de amor, de enamoramiento, era otra cosa, un terreno que ninguno de los dos mencionaba pero que, con gran seguridad, se formaba a paso rápido, quizá por el tiempo en que ambos nos vimos observándonos, pensando que el otro era inconsciente de ello. Pero esa tarde, esas horas allí, sudando, jadeando en la boca del otro, supe que un lazo iniciaba, porque compartíamos más de lo que podíamos imaginar.

PARTE VII

Cuando la alarma del despertador llegó a mis oídos, tuve que pelear con las sábanas y maldecir en voz alta por el sueño interrumpido. Solo al abrir los ojos fui consciente del lugar donde estaba: en mi cama, en mi apartamento, en mi cueva a prueba de escándalos y... el frío de la soledad. La noche del domingo me despedí de Elías, bajo el cobertizo y con un chofer esperándome. Tuve que mentirme y decir que lo mejor era volver, porque no quería preocupar a mis padres, pero la verdad era otra; deseaba quedarme un par de días más y seguir conociendo a Elías y, ¿por qué negarlo?, sentirme deseada nuevamente. Supe, por su mirada bajo las suaves luces del cobertizo, que él también anhelaba mi permanencia por más tiempo, pero fue todo un caballero, depositó un beso en el dorso de mi mano y se despidió, con la promesa silenciosa de otro acercamiento.

De todas formas, las dudas eran persistentes, ¿realmente volvería a mi encuentro?, ¿era yo lo suficiente como para invitarme a su casa de nuevo?, ¿que tenía yo que otras no? Él lo menciona antes, pero... ¿sería cierto?

Con pereza me despegué de la cama y, en modo automático, hice la rutina del día para salir a laborar. No estaba segura de lo que me encontraría allí una vez mi presencia fuera notada, me aseguré de vestir como de costumbre, con uno pantalón de mezclilla ajustado, camiseta blanca de manguillos y zapatillas deportivas, con el cabello atado bajo una simple liga. Ni siquiera me preocupé por usar maquillaje, tan solo un poco de brillo labial muy leve. Tampoco me detuve en la cafetería para llevar algo de café y panecillos, preferí comer antes de salir. Y para cuando llegué...

En el ascensor todo fue incómodo, las miradas de varias chicas no pasaban por alto. Luego, en mi piso, todas las personas, y cuando digo todas era literal, me observaban de reojo, algunas con media sonrisa, otras asombradas y otras con algo parecido a esa mirada de muerte que podía invitarte a jugar el *Mortal Kombat*. No tenía idea del porqué, bueno, tal vez sí, pero no entendía porque la multitud. Durante el camino, antes de llegar a Sentidos, mi madre estuvo intentando convencerme de que era un buen día para sonreír y mantener la calma, en aquel momento no supe porque la nébula... luego sí.

—Y aquí estás. Por fin.

Acababa de colocar sobre el escritorio mis pocas pertenencias, las mismas que llevaba siempre: carpetas, mi book, la cámara y mi bolso, cuando levanté la vista y me encontré con la mirada de Gloria. Un enorme sentimiento de fastidio se apoderó de mi cuerpo, esta mujer comenzaba a ser insoportable y no lograba comprender del todo bien sus razones. Estaba bien que ella quisiera las atenciones de Elías, pero yo no tenía la culpa de nada, ya no éramos adolescentes con hormonas revueltas, se suponía que era una adulta.

—Hola, Gloria. ¿Qué quieres?

—¿Qué quiero? Pues que nos expliques, a todas, porque lo has hecho.

—¿Hacer qué?

—Vamos, no te hagas la tonta.

—Pues soy tonta porque no sé de qué hablas —le respondí a secas, sin la más mínima intención de continuar aquella plática—. Mejor ve a hacer tus cosas.

—Jo, ya te crees dueña del lugar, ¿cierto? —Se recargó al borde de mi cubículo con aquella

maliciosa sonrisa—. Mírate, solo mírate, antes eras la chica callada y tímida, la que se ocultaba de todos y ahora llegas con una sonrisa porque lo sabes.

—Gloria, pareces una niña en celo, no sé de qué hablas y si no tienes nada mejor que hacer ve a lloriquear con tu madre.

Nunca antes me atreví a decir palabras semejantes a las personas que me incomodaban, pero Gloria tenía la habilidad de exasperar a cualquiera y comenzaba a cruzar una línea que ni yo misma entendía el por qué. Ignorando por completo su asombro, encendí la computadora para comenzar a evaluar las imágenes que tenía pendiente. Ella seguía allí, era consciente de eso, por lo que, sin ánimos, giré sobre la silla para encararla de nuevo.

—¿Por qué sigues ahí parada?

—En serio no lo has visto —afirmó con la mirada sombría—. Toma, abre la página 45 y míralo, estoy segura que es lo que querías.

Gloria me hizo entrega del periódico, no supe de dónde lo sacó, pero no me dio tiempo a negarme porque casi lo azotó contra mi pecho y tuve que sostenerlo. La vi marcharse meneando las caderas y pisando más fuerte que de costumbre, su enojo conmigo era evidente y al parecer no era la única chica, eso sí lo supe por las miradas de reojo. Casi volé hacia mi silla para abrir la página 45, la conocida sección de farándula y cuando la vi, cuando comencé a leer el titular, el alma casi abandonó mi cuerpo y los labios quedaron secos:

¿Al fin un romance? Por Casandra Quevedo

El apuesto Elías Coll es capturado, al fin, tras el velo de un aparente romance. Según algunas fuentes, el deseado presidente de la compañía Sentidos tuvo un comprometedor fin de semana en las...

Cerré el tormentoso periódico de un solo golpe, haciendo retumbar el escritorio y levantando algunas cabezas hacia mí. Increíble, aquello era simplemente... no tenía palabra que lograra describir con exactitud lo que estaba allí escrito, o tal vez sí: salvajismo. No era que nunca antes me hubiera visto leyendo la sección de farándula, o husmeando el canal de chismes en la tele, pero ahora esos zapatos eran los míos y se sentía brutalmente invasivo. Comprendí entonces el porqué de las miradas, la risa tontita de mi madre y la actitud tan burda de Gloria. Una parte de mí debía estar regodeada de felicidad, pero mi moral no me lo permitía.

De pronto estaba llena de ansiedad, ¡mi cara estaba allí en la prensa! Si buscaba en el fondo, ni siquiera me preocupaba lo que podría pensar la gente, ya no tenía esa edad en la que todo atuendo, lugar visitado y comportamiento era evaluado para ser parte de algún grupo, para ser aceptada. Yo tenía mi propia identidad, algo cerrada y silenciosa, pero sabía bien cual era, el problema lo tenía conmigo misma, porque ni yo podía explicar con claridad lo que Elías y yo tuvimos. ¿Solo sexo?, ¿acercamiento de dos personas que deseaban conocerse por el gusto de la fotografía?, ¿un asunto pasajero que ni tenía nombre? ¿Qué demonios fue?

Tal vez solo debía tirar a la basura aquel periódico, recoger mis cosas y tomarme el día libre. Y, a todas estas, ¿quién habría tomado aquella foto? ¿No que la residencia de Elías era desconocida? Demasiadas preguntas atormentaban mi cerebro, así que la única solución momentánea que encontré fue encerrarme en el baño y echarme un poco de agua fría en la cara. Sí, eso relajaría los músculos y enfriaría mis nervios. Así que allí estaba, frente al espejo, y la vista que me devolvía era la de una chica espantada.

—Si quieres te doy una Flurazepam.

Estuve a punto de soltar una palabrota a causa del susto, cuando giré para encarar a Tito, ¡que estaba tan tranquilo en el baño de las mujeres como si no pasara nada! Levanté el dedo, iba a decirle algo, pero preferí callar y volver a mirar el espejo. Mi compañero echó seguro a la puerta

y se cruzó de brazos, con el cuerpo recargado sobre la pared.

—No tienes idea de lo feliz que estoy por ti.

—¿En serio? Mi cara está en la prensa, y ese periódico lo ve toda la ciudad, ¡toda!

—Pero eso no es lo que te preocupa.

—Lo afirmas con mucha seguridad. —Lo miré con seriedad.

—Oye, mujer, permíteme hacerte una pregunta. —Dio varios pasos hacia mí hasta quedar cerca, sin perder la sonrisa—. ¿Has visto alguna vez a Elías acompañado por una mujer bajo las mismas condiciones que en tu foto?

—... No que yo recuerde.

—Exacto. Siempre, cuando se le ha visto al lado de una mujer, ha sido de esa forma tan recatada y seria. ¿Y sabes lo que eso significa?

—Ay, no, Tito, por favor. No me vengas con esas cursilerías de que soy la indicada, que él lo sabía y... —callé de repente ante el pensamiento— Por Dios, ¿y si lo sabía? ¿Y si sabía que alguien estaba tomando fotos?

La ansiedad cobró más fuerza, abrí el grifo tan fuerte que estuve a punto de sacarlo de lugar y comencé a salpicar mi rostro con las manos llenas de agua una y otra vez.

—¡Mujer! ¿Te quieres bañar? Vas a quedar empapada. —El chico comenzó a tomar papel y secar mi rostro como pudo.

—Estoy asustada. No sé cuál será la reacción de Elías cuando vea eso, me va a echar porque no está bien visto que una empleada...

—Ni lo digas —puso un dedo sobre mi boca, luego sostuvo mi rostro, aún mojado y volvió con esa sonrisa pausada que calmaba al más fiero león—. Estás ahogándote en un vaso de agua porque le tienes miedo al terreno desconocido. Siempre supe que te ha gustado nuestro jefe, pero nunca dije nada porque, en efecto, es un puesto alto, ya sabes cómo son las cosas. Pero mírate, mira lo que has pasado. ¿Crees que un hombre así, con la madurez que tiene, con el tiempo comprometido, haya querido pasar un fin de semana contigo solo para pasar el rato? —no pude responder ante aquello— Linda, no importa lo romántico que pueda sonar, no hay duda de que nuestro jefe quiere algo más contigo.

—Pero la foto...

—Qué se joda. Apuesto lo que sea a que, si él ya la vio, debe estar riendo.

—¿Tú crees?

—Lo apuesto. Ahora ve, sube y pídele a la secretaria que necesitas una reunión urgente.

Me lo quedé viendo un par de segundos antes de asentir con la cabeza y sin mediar palabra. Estaba consciente de mi rostro súper lavado y el cabello algo mojado, también de la camisa con marcas de agua, pero tenía que salir de ese asunto de cualquier forma. Al salir del baño no pude evitar sentir los múltiples pares de ojos a mis espaldas, el murmullo, el chisme, las risitas e incluso los suspiros. Todo era a mis costillas, y yo no podía mirarlos a la cara, no hasta tener alguna respuesta certera.

Mi madre me lo había dicho: *“Es un buen día para sonreír”*, así que intenté mostrar la mejor sonrisa que pude mientras atravesaba el largo pasillo del piso ejecutivo. Allí arriba todo era más pasivo, hasta la música era relajante. Esta era mi segunda vez y todo permanecía casi igual, a excepción de los nuevos cristales a los laterales de la recepción y un acústico nuevo. La mujer morena de espejuelos estaba concentrada haciendo algunas anotaciones y tuve que soltar un leve carraspeo para captar su atención.

—¿Tienes una cita? —preguntó amablemente.

—Em... no, pero me urge hablar con el señor Coll —ella me estudió con la mirada—. En

realidad, es muy importante.

—Le llamaré.

Con agilidad levantó el teléfono e hizo la llamada.

—Disculpe, tengo a una chica que procura por usted, se llama... —Tapó el auricular y me pregunto si mi nombre era Amelia, a lo que yo le respondí que sí— De acuerdo.

Mis manos comenzaron con el dichoso temblor.

—Te está esperando. Es la tercera puerta a mano...

—Sé dónde es, gracias.

Le di la espalda sin siquiera detenerme a pensar en otra cosa que no fuera resolver el asunto cuanto antes. Con un respiro profundo moví mis piernas hacia el destino, tras esa puerta estaba Elías Coll, mi jefe, el hombre que se convirtió en mi amante durante varias horas, o lo que me parecieron días, el mismo que quiso jugar conmigo a no mirar, regla que excitaba todos los sentidos. Me detuve frente a la puerta, toqué dos veces y escuché su voz, invitándome a entrar. Ese era el momento de encarar las cosas y ponerle nombres.

—Amelia, ven, por favor.

Tan pronto lo vi de espaldas, con las manos en los bolsillos y mirando por los grandes ventanales hacia la ciudad, todas las dudas y el torrente de pensamientos cayeron dispersos hacia algún lugar desconocido. ¿Cómo podía tener esa capacidad sobre mí? Me acerqué, sin siquiera darme cuenta de los leves cambios de su oficina, que ahora parecía más pintoresca.

—Señor Coll, he venido porque...

—Para ti siempre voy a ser Elías, a secas. ¿Lo recuerdas?

Se dio la vuelta y conecté con sus ojos, esos ojos miel que parecían el mejor cuadro de otoño. Su semblante, lejos de estar incómodo, era de satisfacción. Su boca formó una media sonrisa y caminó hacia mí, acortando la distancia. Mi pecho se detuvo un segundo para volver a llevar color a mi rostro, que de seguro seguía humedecido por tanta agua, o tal vez por el sudor de los nervios que comenzaba a renacer.

—Sé por qué estás aquí. Tenía planeado buscarte en cuanto terminara una llamada de otros colegas.

—Yo... creo que hice mal en venir. He irrumpido tu privacidad por algo tan tonto y...

—Ssshhh, no digas nada, por favor. Solo quiero —dio varios pasos más hasta quedar frente a mi rostro— observarte. ¿Por qué tienes la camisa y el cabello mojado?

Estaba sonriendo, ¡estaba reteniendo la risa!

—Es que yo... vi el periódico, es decir, una chica casi me lo aventó y no tuve más remedio que ver la sección de farándula y ahí vi la foto y por un momento me sentí sofocada y los nervios y la...

Mi torrente de palabras fue acallado por su boca, un beso que tardé segundos en corresponder. La urgencia de sus labios fue la chispa necesaria para que los míos demostraran la misma necesidad, el mismo deseo. Sus manos sostuvieron mi rostro y las mías se aferraron sus brazos, como si con aquel acto comprobara que todo era real. Cerré mis ojos y por un momento deseé no estar allí. Pero el encanto se rompió cuando el frío cubrió mi boca.

—Dulce Amelia —su frente descansaba sobre la mía—, he visto la noticia y, ¿sabes?, me alegra tanto que haya sido contigo.

—¿Qué?

—Que me alegra que haya pasado así. No me preguntes cómo, no tengo la menor idea de quién ha tomado esa foto, pero ya mandé a que me entreguen una copia.

—¿Has hecho qué?!

Me separé un poco para mirarlo mejor. ¿En serio dijo lo que escuché? Reí una vez, luego otra, y entonces no pude parar de reír y Elías también lo hizo.

—No puedo creer que hayas hecho eso.

—Es nuestra primera foto juntos, ¿no lo ves?

—Juntos —repetí.

—Sí. Y me gustaría que fueran más. Fuera de la casa, aquí en la oficina, dentro de mi casa, en tu apartamento, en algún restaurante y sobre todo, sobre todo... quiero tomarte muchas fotografías sin que puedas mirarme.

—Sin mirarte. —Levanté una ceja—. Es casi como un fetiche.

—Tal vez. Pero hay algo más importante que todo.

—¿Qué es?

Tomó mis manos y las entrelazó con las suyas, para pegarse a mi cuerpo y mirarme fijo a los ojos:

—Me gustaría que me permitieras hacerte mucho más que unas simples fotografías. Todas ellas son momentos capturados, pero yo quiero vivirlos contigo, experimentarlos, correr el mundo a tu lado. Por todo el tiempo que llevo observándote, por el tiempo en que tú me has observado, por... la obvia e inevitable atracción que hay aquí —movió su mano entre nuestros cuerpos.

De acuerdo, todo el mundo dice que las relaciones de pareja dentro del plano laboral salen mal, lo lees en las revistas, en los reportajes televisivos. ¿Qué tan bien podía resultar aquello? Pero ya era un hecho: estaba colada por ese hombre hasta los tuétanos y era imposible volver atrás, no después de las pláticas, de las cosas en común y las que no, de los gustos por el arte, de las mismas necesidades.

—Sé que si te digo que me traes loco desde hace mucho correré el riesgo de parecer un adolescente y si te digo justo ahora que estoy enamorado pensarás que estoy demente. Para que no pienses que soy esas dos cosas —de nuevo esa media sonrisa que me sacaba el aire—, diré por ahora que me gustas, me encantas y quiero disfrutar un inicio contigo. Quiero saborear tu boca, discutir la manera ideal en la que debes sostener la cámara para captar mejor la imagen y sentarnos a tomar té de melocotón.

—Entonces yo tampoco quiero que pienses esas mismas dos cosas de mí y diré que también me gustas, me encantas, y sí, quiero que probemos todo. En especial tus tesis frutales.

Le sonreí y él también me sonrió, sin ser conscientes de nuestro entorno, de las simetrías y las pinturas, de las pocas personas que iban pasando frente a la oficina ni del teléfono que no paraba de sonar. Sellé su boca con la mía y sentí el alivio de haber alcanzado un sueño que jamás pensé tan siquiera rozar, con la certeza de un nuevo book, pero esta vez no de fotografías, sino de historias y descubrimientos.

A mediados de aquel mes, cuando los compañeros se debatían por el próximo titular de la revista, y aún con varias miradas de envidia intentando arrancarme la espalda, la propuesta cayó sobre la mesa. Con una mirada serena, una enorme sonrisa y la aprobación de casi todos los presentes, logramos aprobar el gran titular:

*“SIN MIRARTE,
EDICIÓN ESPECIAL A TRAVÉS DE
LOS SENTIDOS”*

PARTE ESPECIAL

No soy consciente del tiempo que llevo con los ojos cerrados. Aunque a decir verdad tampoco me preocupo por ello, solo me concentro en escuchar los pasos que resuenan cerca de mi cuerpo y cierto olor a cerezas y metal. Incluso puedo sentir el latir de mi corazón con fiereza, pero pongo mi mejor esfuerzo en mantener el control y recibir con ansias la experiencia de algo nunca antes vivido. Hace un par de horas estuve sentada junto a varios compañeros de la empresa, celebrando otro éxito de la revista y, como ellos esperaban, anunciando formalmente mi relación con Elías, casi dos años después de aquel fin de semana especial. El secreto a voces sobre nuestra relación corrió en los pasillos en menos de lo pensado, levantando los chismes negativos en unos y pasiones en otros. Hasta se decía que éramos la pareja del momento y solo por esto las ganancias aumentarían el doble o incluso más. Sin embargo, ninguno de ellos conocería ciertos gustos de Elías ni lo que yo misma estaba por probar. Gustos que ahora los recibo en la piel.

Separo los labios con lentitud, percibo calor intenso y sé que él está justo detrás de mí. A estas alturas no logro entender cómo he permanecido de pie tanto tiempo, o el que sea, aunque, de no poder, las sogas que retienen mis brazos sobre la cabeza me impedirían descansar. Quizá fue una locura, pero aún recuerdo su propuesta y la vibración innegable en todo mi cuerpo, como la respuesta positiva ante algo desconocido:

—*¿Recuerdas cuando posaste para la cámara, en mi habitación, con los ojos vendados?*

—*Sí, lo recuerdo muy bien.*

—*¿Cómo te sentiste?*

—*Salvaje, libre, pero... expuesta a la vez.*

—*¿Te gustó lo suficiente como para repetirlo?*

—...

—*Dilo tal cual lo sientas.*

—*Sí, lo haría de nuevo.*

—*Bien. Me gustaría conocieras más.*

—*¿Más?*

—*Sí, otras cosas. Quiero jugar contigo, con tu cuerpo, pero más importante...*

Me había dicho que le era más importante descubrir sin prisa mis emociones y cada reacción, conocer mi mente todos los días. Por un lado nos estábamos compenetrando y por el otro estaba probando cosas intensas en cuestiones del colchón. Sopesé idea de estar verdaderamente enamorada y no iba a negar, a esas alturas, los lazos fuertes que iban formándose.

—*¿Estás lista?*

Escucho la pregunta y solo alcanzo a mover la cabeza.

—No olvides las palabras de seguridad. —Asiento de nuevo y al instante mis nalgas reciben un azote contundente. Gimoteo por la sorpresa, no puedo gritar por la bola metida en mi boca, amarrada con tiras de cuero por toda la cabeza. Recibo otro y mi cuerpo reacciona con temblores y tensión. Jadeo, intento continuar firme sobre los pies. Me parece que ha usado una correa, pero no estoy segura.

Escucho ruido, creo que son las patas de la silla siendo arrastrada. Se detiene y ahora los dedos de Elías están en mis pies. Me hace cosquillas, trato de controlar la risa pero me resulta imposible. Cuando le parece que ya lo ha hecho suficiente me quita el amarre.

—Levanta tu pierna izquierda y ponla sobre la silla. Está justo a tu lado.

Hago caso tan pronto dejo de sentir las sogas en mis tobillos. Cierta sensación de alivio me recorre y con suma lentitud levanto la pierna hasta sentir la silla, donde pongo el pie firme. Estar en esta posición hace que quede con mi sexo expuesto, abierto e hinchado. Me asusta, me emociona y a la vez me deja tensa. No sé lo que vendrá ahora.

—Tienes un cuerpo hermoso, vamos a echarle aceite. Permanece en silencio, no digas nada hasta que yo te lo permita.

No logro describir el nivel tan alto de excitación que tengo, hasta puedo sentir el latir de mi corazón en la vagina. Hablando de eso, un objeto entra suavemente, tiene forma de huevo. Me retengo las ganas de gritar en cuanto lo siento vibrar, me hace perder toda concentración.

Cuando creo que han pasado varios minutos una mano de Elías comienza a pasar sobre mi piel mientras que con la otra va echando aceite, empezando por los brazos, bajando hacia mi pecho. Siento como bajan las líneas gruesas hasta meterse entre mis labios internos. Pero eso no le detiene, deja caer más, hasta mis pies.

—Voy a sacar esto —retira lo que creo es el huevo y de golpe mete dos dedos. Mi gemidos quedan ahogado. Él se acerca a mi oreja—. Amelia...

Espero a que continúe pero no lo hace, en cambio, saca los dedos, los pasa por todo mi sexo, me pellizca el clítoris hasta el punto de hacerme contonear por el placer y un leve dolor.

—Quiero hacerte una pregunta.

Y sin más, sin avisar ni escuchar algo con antelación, me penetra hasta el fondo. Toda la extensión de su pene entra en mi cavidad casi de forma salvaje y abrupta. Con la bola en mi boca resulta imposible gritar como lo deseo, eso me enloquece aún más y solo puedo gemir y sacudir el cuerpo. Sus manos se aferran como pueden a mi cintura, los dedos hacen presión, me siento como un pedazo de carne fresca listo para ser cortado.

No puedo ver nada, pero tras el listón intento abrir los ojos a causa de la urgencia y ansiedad cuando comienzo a sentir saliva deslizarse por mis labios.

—Déjala salir, no te avergüences. No tienes idea de lo exquisita que te ves.

Con saliva cayendo por mi barbilla y un pie sobre la silla Elías me embiste a un ritmo fijo, es severo, rotundo y sin vacilar. Nunca había probado tener sexo de pie y esto que siento va por encima de mi razonamiento. Su pene entra y sale, hace presión en el punto G y no puedo controlar ya los temblores de mi cuerpo. Me sacudo, muevo la cabeza como puedo, formo un puño alrededor de las sogas como si con eso encontrara la forma de mantener balance. Este hombre me azota de vez en cuando las nalgas con tanta fuerza que creo ya tenerlas rojas. El aceite solo hace que todo resbale mejor, así que el vaivén de su pene dentro de mí es fluido, lo saca del todo y vuelve a entrar, abriéndome sin chistar. Mi vientre se contrae más de lo normal. Voy a tener un orgasmo violento si este hombre sigue al ritmo que va.

De alguna forma ya no tengo las correas en mi cabeza y con eso sale la bola de mi boca. Pero él no se detiene, sigue golpeando mi sexo con el suyo, sigo escuchando el sonido de nuestros cuerpos chocar y el *splash* del flujo que sale de mí. Al fin abro la boca, la cierro de nuevo y grito a viva voz todo lo que llevo por dentro. Dejo la cabeza caer hacia atrás pero no dejo de gemir, digo palabrotas que de otra forma no diría y escucho a Elías decirlas también.

Su mano alcanza mi barbilla y me obliga a dejar la cabeza levantada de nuevo. Me besa, con furia mete su lengua y succiona. Lo imagino sudado, con su cuerpo duro y sus grandes manos. Voy a correrme ya.

—¿Quieres casarte conmigo? —sigue embistiendo, esta vez con más fuerza si es posible.

—¿Qué? —su pregunta debería dejarme descolocada pero mi mente solo va en una dirección.

—¡Que si quieres casarte conmigo!

—¡Coño, sí! —claro que quiero, con su pene taladrando mi vagina, los gemidos y los gritos soy totalmente capaz de saber lo que quiero— ¡Sí, sí quiero!

—Te amo, preciosa.

—Yo también te amo, cielo.

—Carajo, no voy a correrme hasta escuchar cómo te derramas primero sobre mí.

—Hazlo, hazlo ahora porque...

No logro acabar la oración, el vórtice dentro de mi vientre anuncia el orgasmo enorme y latente que llega. Quiero contraerme pero a la vez dejar que todo de mí se abra, es la sensación más placentera del mundo. Arqueo la espalda, exclamo al techo una cosa incoherente y siento la boca de Elías morder mi cuello, él también se viene dentro, dando golpes y enterrando sus dedos en mis nalgas para no perder balance.

Creo que dejará marcas. Qué bueno que tomo pastillas anticonceptivas.

Mi cuerpo es recostado con ligereza sobre algo acolchonado. Creo que es la cama. Mis pies son masajeados, luego mis muñecas y finalmente Elías me retira la venda de los ojos. Voy abriéndolos lentamente, pero la luz es muy tenue y no me lastima. Hay un par de velas encendidas en distintas zonas, con razón el olor a cereza. No puedo moverme, tengo el cuerpo algo adolorido, así que hago un ligero esfuerzo y me coloco de lado. Ahí está mi hombre, desnudo, mirándome. Sonreímos, me acaricia el cabello.

—Me gustaría que la boda sea en primavera, dentro de algún museo de historia. Quiero estar rodeada de pinturas y fotografías y que esos recuerdos queden dentro de los propios que tendremos. ¿Crees que... se pueda hacer algo así?

—Amor, por ti lo que sea. Además me fascina eso, será inolvidable. Lo único que me gustaría es... —se detiene y una sonrisa se forma— No te vayas a reír, pero me gustaría que el pastel sea enorme, en forma de melocotón.

—¿Es enserio? —él asiente, contengo la risa pero acabo estallando al verlo reír primero— Bueno, he visto muchos pasteles de boda curiosos, que tengamos uno de melocotón no sería pecado. Ya le encontraremos sabor y relleno, pero creo que... sí, creo que será toda una novedad.

Y lo fue, aquel pastel de melocotón fue el mejor que he comido. Hoy, tras cinco años de habernos casado, observo las fotografías con el mismo amor y sonrío, porque sé que la aventura continúa y quedan muchas cosas por mirar, aunque... entre las sábanas, de vez en cuando, Elías me ponga un listón y la regla básica de no mirar se convierta en el inicio del juego.

AURALUNA

AuraLuna nació en la hermosa isla de Puerto Rico. Es madre de tres hijos, esposa, gamer, diseñadora gráfica, Dj, bloggera, amante de la música, la informática, fotografía y literatura. Entre sus géneros favoritos está el romance, erotismo, vampiros, misterio y suspenso, pero disfruta placentemente de cualquier lectura. Se le desconoce su edad y muy pocos conocen su rostro. Vive en el campo, rodeada de animales, flores y plantas.

Puedes buscar más información en: www.wattpad.com/AuraLuna